

EL BIEN COMUN

El bien común

por el Académico de número

D. Baldomero Argente del Castillo

Los hombres comunes peregrinamos por esta pedregosa tierra común, a que fuimos arrojados por culpa de nuestros padres, en persecución de una meta, que al fin alcanzaremos, en la medida posible para cada cual. A este fin enderezamos nuestros pasos en la Tierra los hombres comunes, que son los racionales. Aunque algunos obran como irracionales, esto es, como animales, y otros idealmente, como ángeles; unos y otros son excepcionales.

Esa meta es el punto de mira de nuestras acciones; la cita de nuestros afanes; el luminar que alumbra los senderos en «este valle hondo y oscuro»; la estrella que guía nuestros pasos en la Tierra; el acicate que nos incorpora a la muchedumbre viajera cuando, desalentados, nos dejamos caer al borde del camino; la voz imperativa y categórica que nos prescribe nuestro deber, porque el deber es «la conciencia de la necesidad de obrar de un modo determinado si se quiere conseguir el fin propuesto»; y conseguir esa meta es nuestra misión en la Tierra.

Esa meta limitada al horizonte terrestre, porque en la Tierra común es donde habitan los hombres comunes, tiene un nombre, cifra de misterioso contenido mientras no se descifra y explica. Ese nombre es «el bien común», nombre sonoro y significativo que nos revela su origen y naturaleza. El bien común es el fin que los hombres persiguen aquí por su voluntad; sin perjuicio de más altas aspiraciones, sólo realizables en el otro mundo donde nada puede ser común.

El bien común es el principio que explica la Filosofía de la Historia, la última y más encumbrada de las ciencias sociales; porque ella

nos descubre el secreto de la Historia universal, al mostrarnos el porqué de las andanzas de los mortales, que constituyen su Historia, todos los cuales persiguen su bien común, lo cual nos la explica. El bien común explica todo lo humano propiamente, porque es la suprema razón humana en la moral común. Sólo impotente para explicar lo reservado a otra razón más alta, la divina, de la cual descienden sublimes revelaciones.

La idea del bien común es también la más importante para la Sociología, su más alto principio; porque de él depende todo en la Sociedad. El dicta las leyes que ésta obedece, y ordena, naturalmente, cuanto a la Sociedad humana concierne. El bien común es su principio sistematizador, su punto de partida; domina todo el campo de la Sociología, en cuanto la Sociedad es sólo un medio natural, y por natural necesario a los hombres, que éstos utilizan para conseguir su bien común posible con mayor facilidad, o sea, con menos trabajo.

I

Pero, ¿qué es el bien común? La vaguedad del concepto encerrado en la frase «el bien común» es fuente inagotable de confusiones y errores. Unos creen imposible su identificación; otros lo juzgan tan conocido, al menos por intuición, que para ellos no vale la pena detenerse a desentrañarlo; otros, en fin, niegan la posibilidad de fijar su contenido, lo cual es tanto como negar su existencia real y la posibilidad de forjar una Sociología científica. En vista de tal disparidad, debemos proceder a desentrañar por nosotros mismos lo que realmente queremos significar por esa frase.

Pero antes de decir lo que es, detengámonos para explicar lo que notoriamente no es.

El bien común no es la suma de los bienes particulares. Aquél es el fin que todos los hombres persiguen por lo que tienen de común; éstos, los que persigue cada hombre por lo que tiene de particular. «El bien común—dice Santo Tomás—de la Sociedad (léase de la comunidad humana) y el bien singular de una persona, difieren no sólo según lo mucho o lo poco, sino según diferencia formal. Pues la diferencia entre el bien común y el singular es según la relación del todo a las partes» (S. T., Summa Theo. 2.º, 2, c. 58, adm. 2.ª). Según esto, el bien común está formado en la parte común del de cada uno en singular; es un conjunto de las partes comunes.

«El bien común—dice Prisco por su lado—no es la suma aritmética de todos los bienes individuales, sino un bien específicamente diverso del bien individual. En el orden ontológico, el bien se convierte en otro distinto con el Ser; y por esto, entre el bien individual y el común, existe la misma diferencia que entre el ser uno (todo) y el no ser uno (parte). Es así que la diferencia entre lo uno y lo no uno es esencial; luego la diferencia entre el bien individual y el bien común será esencial. El bien común es un todo homogéneo, no el bien de los particulares; como la casa es un todo homogéneo, distinto de la piedra y el barro, pues la forma propia de la casa no la da ninguno de esos elementos» (Filosofía del Derecho, ed. esp., pág. 125).

Todo lo cual es difícil de entender. Pero concretamente, ¿qué es el bien común? «El bien común—dicen algunos autores—, ideal de la Sociedad civil, del Gobierno, es la paz derivada de la justicia, o sea, la tutela eficaz del Derecho y la pública prosperidad.» Pero, ¿qué es la pública prosperidad? «Es la abundancia de ciertos bienes espirituales y materiales necesarios para que la persona humana viva a tono con su dignidad, y, por lo mismo provista de medios para actuar sus posibilidades físicas, intelectuales y morales en orden a su perfección ideal y conseguir su fin específico» (Santo Tomás, De regimine princ., lib. 1.º, cap. 1.º—Suárez, De Lege, lib. 3, c. 2—P. Eustaquio Guerrero, S. J. «La libertad de la Prensa.» Rev. Razón y Fe, núm. 27, abril de 1950, pág. 346).

Continúa la oscuridad. Seamos claros. El bien común es el fin que voluntariamente persigue el hombre en cuanto quiere conseguirlo, o por lo menos el posible. Y como el hombre común, todos los hombres comunes en lo que tienen de común; sin perjuicio de que persigan otros fines particulares por lo que tiene cada uno de particular. El bien común es, pues, el principio de una frase que se completa añadiéndole «de los hombres comunes», que son, por lo general, los vivientes en la Tierra. Entendido así, la comprensión del bien común se facilita.

Ahora fijemos mejor el sentido de sus términos. Son estos dos: Bien y común. Bien es «lo que todos quieren», o sea, el fin que su voluntad persigue. Todos, aquí, son los hombres comunes. «Lo que todos apetecen», dice Aristóteles. Pero la función común de la voluntad es querer; apetecer es sólo una de las formas especiales o maneras parciales del querer. Común es «lo posible para varios». Aquí los varios son los hombres comunes susodichos. Dentro de este sentido general, la palabra «común» tiene varios sentidos particulares;

lo corriente, lo ordinario, lo vulgar, lo de inferior calidad o ínfimo, sentidos que aquí no necesitamos utilizar.

De aquí que las condiciones o caracteres que deben concurrir en el bien común para identificarlo son estas cinco:

1.ª) Ser posible; esto es esencial; si no es posible no hablemos más. Lo imposible no existe en realidad, y por tanto no puede ser el bien común; pretenderlo sería irracional. Posible quiere decir: concebible, comprensible y asequible a los hombres comunes que viven aquí. Inconcebible es lo absoluto; incomprensible, lo infinito; inasequible, lo irrealizable. Sólo el bien puro, Dios, reúne esas condiciones, que no se dan en el común.

2.ª) Pero posible en realidad. Lo cual es necesario para ser real. Porque si no es posible, en realidad no puede ser común o posible para los hombres comunes que en ella están. El bien posible puramente es un bien hipotético, metafísico, que sólo existe en la mente, una ilusión, un sueño. Pero los hombres comunes, los que están en la realidad, los que viven en la Tierra, por lo general, no se satisfacen con hipótesis, ni se alimentan con metafísicas; eso es bueno para los ilusos y los soñadores que no son comunes, sino excepcionales. El bien que trata de identificar ha de ser posible en realidad.

3.ª) El verdadero carácter distintivo del común es ser posible, realmente, *para varios*. Esta posibilidad es la que verdaderamente caracteriza al bien común de que tratamos. Estos varios son los hombres; pero no todos, sino los comunes, dejando aparte los excepcionales. Y sólo en lo que tienen de común aquéllos, no en lo que tengan de particular. Mas para todos, no para parte de ellos; no para una mayoría o minoría); para el conjunto, para toda la especie humana, para todos los humanos sin distinción.

4.ª) Los comunes son los vivientes en la Tierra. Sólo los vivientes ahora. Los no vivientes ya, porque se fueron; los no vivientes aún, porque no han venido todavía. Ni a los pasados ni a los futuros se les niega el derecho; lo tienen todos, pero esos no tienen acción. Sólo los que están en la Tierra pueden poseer el bien común. Se trata, pues, de un bien terrestre.

5.ª) Y sólo mientras viven aquí, en la Tierra; condición definitiva que cierra el ciclo, limitando el tiempo como la condición anterior limitó el espacio; un bien que además de ser terrestre es temporal.

* * *

Fijemos bien las ideas; el bien común es un bien posible realmente para todos los hombres comunes, bien terrestre y temporal. Ahora veamos los bienes posibles, entre los cuales estará el común, probablemente.

Los bienes posibles.—Ya hemos dicho que la función común de la voluntad es querer; lo que se quiere es el bien naturalmente. Pero la voluntad puede querer de cinco maneras distintas, que son sus cinco funciones especiales, contenidas todas potencialmente en la común. Estas maneras especiales de querer son: 1.^a) Desear. Es la esencial. 2.^a) Apetecer es la real. 3.^a) Querer de veras, que es la verdadera. 4.^a) Determinarse a la acción natural, que es la efectiva. 5.^a) Amar, que es la moral.

Si al querer, como función común, le corresponde el bien común, a cada una de esas maneras de querer le ha de corresponder un bien especial, de la misma naturaleza que la función a que se refiere, y de los mismos caracteres del común en lo esencial. Son los fines perseguidos por la voluntad en cada una de esas maneras de querer. Todas ellas posibles en determinadas condiciones. Estos bienes posibles son:

1.^o) El esencial, la satisfacción del deseo. Esta satisfacción es la esencia de todo bien posible. El deseo es «un movimiento enérgico de la voluntad hacia el conocimiento, posesión o disfrute de alguna cosa» (Dicc.); cosa, añadimos, que nos parece bien.

Como se ve, el deseo es algo inconcreto, ilimitado. Todo puede ser objeto de deseo; lo posible y lo imposible. Se pueden desear al mismo tiempo varias cosas. Los deseos particulares son innumerables. Satisfecho uno surgen nuevos deseos. Hasta llegar al máximo deseo, que es el común.

El deseo común es ser uno, infinito y eterno. Como Dios. La satisfacción de este descomunal deseo es imposible en realidad. Dios no existe sino uno, en absoluto. Lo absoluto no cabe en realidad donde todo es limitado y condicionado. La satisfacción de este deseo es, pues, imposible en realidad.

2.^o) La saciedad del apetito. Tampoco es posible en realidad. El apetito es la realidad que yace bajo la apariencia de deseo. Esta es la forma que el apetito toma en cuanto se asoma a la conciencia. Es la sustancia y el sustento del deseo. El apetito mientras se limita a lo fisiológico o corporal, conserva su nombre; pero en cuanto se remonta y extiende, se apellida deseo. La saciedad es la satisfacción del

máximo apetito. Pero este bien tampoco es posible en realidad, porque el hombre es, por naturaleza, un animal insaciable.

3.º) Lo que el hombre común quiere de veras es vivir bien del todo en la Tierra donde está viviendo. Y mientras en ella esté. O sea, estar bien aquí. Y dando la primacía debida al Bien, lo que el hombre común quiere de veras es su Bienestar. Y lo posee en cuanto se siente bien.

4.º) El bien determinado por la naturaleza común de los hombres es el bien efectivo que los hombres comunes perseguimos. Como sabemos, los hombres son animales racionales, una especie del género animal. Por lo que tiene de animal, lo determinado por su naturaleza es morir. Pero al hombre le repugna la muerte. Por lo que tiene de racional, aspira siempre a más y mejor. Lo que el hombre común quiere efectivamente, racionalmente pensando, es, cuando ya no le sea posible seguir viviendo aquí, pasar a mejor vida; o sea, seguir viviendo con sus necesidades cubiertas y sus deseos satisfechos con el mínimo esfuerzo posible, casi sin sentir; en lo cual consiste la Dicha; lo que efectivamente quiere es ser dichoso donde pueda, que no es aquí, en la Tierra común.

5.º) El Bien amado es Dios, en absoluto. Pero sabemos que la unión con Dios, objeto del amor, es imposible en este mundo. Unirse con Dios, bien moral, absolutamente perfecto, sería vivir bien del todo. Pero todo en este mundo es relativo. A fuer de racionales nos contentamos con menos; porque el bien que queremos es un bien moral posible. Y lo posible es gozar de la felicidad de ver y poseer el Bien amado; lo cual es la bienaventuranza. Felicidad es tener satisfechos todos los deseos posibles, de modo que nada quede por desear. El goce de la felicidad es el fin que persigue el amor mediante la unión con el bien amado. Porque el amor es deseo de unión con el bien amado; y ese bien se obtiene al gozar la felicidad de ver y poseer al bien amado. Verlo y poseerlo es todo uno; porque la posesión a que nos referimos es puramente intelectual.

* * *

Ahora veamos si todos esos bienes posibles, son posibles para los hombres comunes que viven en la Tierra y mientras aquí estén. Es decir, si todos ellos son terrestres y temporales. Todos ellos son posibles; pero cada uno con limitaciones de lugar y tiempo.

Ya sabemos que la satisfacción del Deseo y la saciedad del Ape-

tito son imposibles para los hombres mientras estén aquí en la Tierra. El Bienestar es posible con ciertas limitaciones. El absoluto es imposible aquí. Aquí sólo es posible un bienestar relativo; el cual consiste en vivir en la Tierra lo mejor posible mientras estemos aquí. Es el máximo bienestar posible.

La Dicha también es posible; pero no en la Tierra, sino en una tierra mejor, en un Paraíso. La Dicha en la Tierra es una ilusión, tras la cual corremos anhelantes mientras estamos aquí sin alcanzarla jamás; una ninfa que los hombres perseguimos jadeantes, como sátiros ansiosos de disfrutarla, sin lograr nuestro propósito aquí; una ilusión que se fragmenta en pequeños trozos cuando creemos aprisionarla, trozos que son las pequeñas ilusiones que logramos realizar, bienes minúsculos que no satisfacen nuestro anhelo de Dicha total; bruma luminosa que se divide al tocarla; una broma que nos gasta la naturaleza, y que perseguimos hasta dar de bruces en la muerte que a todos nos espera, y la cual nos toma en sus brazos y nos deposita en el seno de nuestra madre común, la Tierra. Este es el nuevo Paraíso. ¿Dónde mejor? En él disfrutaremos la Dicha de ver cubiertas nuestras necesidades y satisfechos nuestros deseos con el mínimo esfuerzo, apenas sin sentir.

Gozar la felicidad tampoco es posible en la Tierra; sólo es posible en el Cielo. Gozar de la felicidad es vivir bien del todo. Lo cual es imposible aquí para los hombres comunes. Lo único posible aquí es soñar que la gozaremos en el otro mundo, que es un mundo ideal, participando de la Gloria que rodea al Bien amado.

El Bien común que buscamos es, pues, un bien que, por ser común, tiene un poco de todo bien posible sin nada de particular. De todo bien, porque el hombre es codicioso, por ser animal; pero se contenta con lo posible, por ser racional. El bien común de los hombres consiste: en ser (el deseo), existir (el apetito) y el vivir lo mejor posible en la Tierra (el bienestar), con la ilusión de que, cuando ya no sea posible, pasará a mejor vida y con el sueño de que en su día gozará de la felicidad que le está prometida.

EL BIENESTAR NATURAL HUMANO

El bienestar posible para todos los hombres comunes aquí, en la Tierra, no es el bienestar absoluto; es un bienestar relativo, esto es, limitado, condicionado por el espacio y el tiempo; un bienestar terrestre y temporal, que es lo propio del bien común.

El bienestar consiste en llevar «una vida holgada o bien abastecida de cuanto conduce a pasarlo bien y con tranquilidad» (Dicc.). Es decir, una vida cómoda, holgada y regalada; cómoda por disponer de las cosas necesarias para vivir con comodidad; holgada, por la abundancia de dichas cosas, y regalada por poder disponer de dichas cosas, que siendo regaladas son adquiridas con el menor trabajo posible. Es decir: vivir en paz, con riqueza y con salud. Es la vida que cantó Horacio. La «descansada vida», de Fr. Luis de León. Es tener cubiertas todas las necesidades y satisfechos todos los deseos, razonables, con el menor trabajo posible; y dormir a pierna suelta, con la ilusión de pasar a mejor vida y soñando con el goce futuro de la Felicidad. Esta aspiración humana es reconocida y legitimada por todos los pensadores. Así Santo Tomás escribe: «Como el hombre no es un animal ni un esclavo, el fin propio de la multitud viviente en Sociedad no es solamente vivir, sino además vivir una vida normal y vivir bien» (Santo Tomás, De Regim. Prin. I, 14).

(Algunas apostillas al texto de Santo Tomás: Ese fin, vivir bien, no es sólo de la multitud formada por hombres comunes, sino de todo hombre de sentido común, viva o no en sociedad. Es también lo que desea el solitario. Y aunque sea un animal o un esclavo. Porque todos los hombres quieren lo mismo, vivir bien en la Tierra, aquí es donde quieren su bienestar. La diferencia entre el animal y el hombre es que éste, por ser racional, se contenta con lo posible y nada más.)

En resumen: El origen del bien común es el Bien absoluto, Dios. Su fundamento, el común, o sea, la naturaleza común de los hombres, la racional. Su gracia o nombre, el Bienestar natural y humano. Su forma orgánica, porque es un compuesto de tres especies de bienestar: el corporal, el espiritual y el moral; sólo así es completo, esto es, el máximo posible aquí. Su función, preparar al hombre para una vida mejor, que es la Dicha; y su fin, infundirnos el sueño de que gozaremos la felicidad en el otro mundo, cuando nos hallemos en la Gloria del Señor.

Que es el bien común con sus perfecciones posibles aquí.

LA TEORÍA DE LOS MEDIOS

Para conseguir el bien común no basta querer; hay que poder; y para ello contar con los medios adecuados. De ahí la necesidad de formular una teoría de los medios, formada por los propios medios en teoría.

Teoría es una serie de principios abstractos, o sea, de ideas puras, relacionados lógicamente en su orden natural hasta formar un cuerpo de doctrina perfecto de forma. En esta perfección de su forma consiste la belleza de la teoría. La cual puede ser general, o aplicable a todos los casos, y concreta o solamente aplicable al caso de que se trate.

La general.—La teoría general de los medios es metafísica pura, como todo lo abstracto. Muy importante en Sociología, puesto que la Sociedad es sólo un medio por el cual los hombres que la constituyen aspiran a conseguir su fin con la mayor facilidad posible. La existencia del medio presupone la del principio y del fin. El principio de todo es el Ser absoluto. El fin es el Bien, absoluto también. En medio se despliega toda la realidad. En realidad todo son medios para que el ser humano consiga su bien o fin.

Los medios provienen del principio, o sea, del Ser absoluto, de Dios, por ser Este principio de todas las cosas. Y sirven para conseguir su fin, que es también su Bien o Dios. «El fin preexiste a los medios», dice Emerson. Y también el principio, puesto que el medio lo supone. Quien quiere el fin, quiere los medios necesarios para conseguirlo, y puesto que los necesita, los requiere. Estos medios son todos bienes, puesto que bien es cuanto la voluntad quiere; y también valores, puesto que valen para aquello que se requieren, o sea, para la consecución del fin.

El fin determina la naturaleza de los medios adecuados. Que son adecuados en cuanto su naturaleza concuerda con la del fin. Y a su vez los medios condicionan la consecución del fin. Pero el fin no justifica los medios, puesto que uno y otros han de ser de la misma naturaleza. Ni los buenos medios conducen a un mal fin, ni viceversa.

Sus especies.—Los medios son, naturalmente, esto es lógica y racionalmente pensando, de las cinco especies correspondientes a los

cinco estratos del orden natural, a saber: esenciales, reales, verdaderos, efectivos y morales.

1.° Los esenciales son indispensables. Están constituidos por los datos elementales absolutamente necesarios para dar comienzo a la teoría, a falta de los cuales ésta carecería de principio y, por ende, de fin; sería una teoría sin pies ni cabeza. Les llamamos *datos* porque son dados por Dios y su Naturaleza, de lo que todo proviene. Datos imprescindibles, puesto que la ausencia de cualquiera de ellos impide iniciar la teoría.

2.° Los reales son supuestos naturales, o sea, lógicos y racionales, estrictamente necesarios y requeridos por la naturaleza de las cosas para hacer posible la consecución del fin. Todos ellos bienes reales, cuya existencia se da por supuesta. Los tenemos que suponer porque sin ellos no podemos construir en buena lógica la teoría de los medios y continuarla hasta el fin.

3.° Los verdaderos son los factores componentes del fin o bien que se trata de conseguir. Son los medios formales los que entran en la formación del bien final. Que son tres. Medios que son posibles, lógicamente, dados los supuestos anteriores. Pero posibles de verdad para cuantos persiguen el mismo fin. Adecuados al fin perseguido por su respectiva naturaleza. Y también son fines en sí mismos.

4.° Los efectivos, o sea, los reales de verdad, son innecesarios en teoría, pero necesarios en la práctica. Efectivo es «lo que hace realmente y llega a tener efecto» (Dicc.) Son los medios positivos, prácticos, materiales para edificar la teoría y conseguir el fin; medios comunes, sin los cuales imposible es conseguir el fin en este mundo material.

Y son cinco: el eficiente, el eficaz, el auténtico, el fundamental y el definitivo.

5.° Los morales son medios fantásticos, que dan a la teoría, al fin, la última perfección; la última es la máxima. Nos revelan la roca firme, indestructible, sobre la cual podemos edificar nuestra teoría sin miedo a que se derrumbe lo edificado, por ser su cimiento incommovible. Sobre ella se construye para toda la eternidad.

La concreta.—Los medios a que aquí nos referimos, son concretamente los necesarios al hombre para conseguir su bien común, o sea, su máximo bienestar posible en la Tierra. En lo cual consiste toda nuestra felicidad posible. Son los ojos del puente tendido entre nuestra voluntad y el fin que ésta persigue y es el propuesto para la teoría, aquí.

El hombre, para conseguir su felicidad posible aquí, necesita medios evidentemente. Si no cuenta con medios no los conseguirá. Todas las cosas creadas por Dios son medios para el hombre, y por tanto buenas y valiosas. Si algunas no nos lo parecen, es porque ignoramos cómo servirnos de ellas; pero poco a poco lo vamos aprendiendo. Y si de alguna nos servimos mal, siempre es contra nuestra voluntad. Todos ellos son bienes especiales, que ordenados conforme a su ley natural, concurren al bien común de los hombres. Todos proceden del Sumo Bien, que suma todos los bienes posibles para los hombres. El cual nos los da graciosamente para que hagamos el gracioso juego de la vida en este mundo. Bienes graciosos en todos sentidos. Porque provienen de la Divina gracia; por ser gracias o mercedes divinas; y por ser gratuitos y regalados. No pueden ser más graciosos. Por todo lo cual hemos de dar las gracias a Dios y estarle profundamente agradecidos.

Los necesarios en teoría, son de tres especies: los esenciales, que son los indispensables; los reales, que son los estrictos, y los verdaderos, que son los precisos. La teoría no pasa de la verdad.

1.° Los esenciales son tres: la Tierra, los hombres que en ella habitan y la vida de los hombres sobre la Tierra. Elementos indispensables para conseguir el bien común.

2.° Los reales son también tres: la propiedad común de la Tierra, la libertad natural de los hombres y la buena voluntad de todos. Estos son los supuestos naturales, esto es, lógicos y racionales, estrictamente necesarios para hacer posible la consecución del bien común.

3.° Los verdaderos son los posibles para los hombres de buena voluntad. Que son también tres: la paz, que es lo indispensable; la riqueza, que es lo estricto, y la salud, que es lo preciso para todos.

Con lo indispensable, lo estricto y lo preciso tenemos todo lo necesario para conseguir el bien común. Que aquí es lo justo.

* * *

Los hombres, oprimidos y abrumados, simplifican la teoría reduciendo todos los medios a dos: Tierra y Libertad. Contando con Tierra y con Libertad, o sea, con posibilidad de obrar conforme a su voluntad, confían en que se agenciarán los demás medios, o sea, los posibles, conforme a su ley natural.

* * *

La teoría de los medios es magnífica, por su magnitud y su trascendencia, pero delicada y complicada. Porque la falta de medios lo complica todo en este mundo. Es magna, ante todo, por sus dimensiones; porque comprende todo lo creado, puesto que todo lo ha sido para servicio del hombre. Es también la más importante de las posibles aquí, por que aparte la del Sumo Bien y del Bien común, que lógicamente la preceden, contando con los medios, necesariamente se conseguirá el fin en el orden natural, y no hay que preocuparse de él. Vamos a estudiarlas detenidamente:

1.º LOS ESENCIALES.—Hemos dicho que son: la Tierra común, los hombres comunes y la vida de estos hombres sobre la Tierra. Son datos elementales y elementos indispensables para la teoría. El orden en que los enumeramos es el natural, o sea, el lógico y racional, el cronológico. En ese orden los vamos a estudiar.

a) *La Tierra común*.—El primero de los medios con que hemos de contar es la Tierra común, o sea, ésta en que nos hallamos. Elemento indispensable para dar principio a nuestra teoría así como para conseguir el bienestar posible en la Tierra, que es el fin. Sin Tierra es imposible lo demás. Prescindir de ella es engolfarse en vana palabrería. Hagamos historia.

El Hombre surge primeramente en la mente del Creador, que lo concibe. Y una vez concebido, su autor lo sitúa en el Paraíso. Del cual es expulsado, después que nuestros Padres pecaron desobedeciendo al Señor. Expulsados del Paraíso, vinieron a la Tierra común. El orden lógico sería: primero el hombre, que es lo esencial; después la Tierra, que es lo real. Pero ese no sería el orden natural; éste es el cronológico, que es lógico también y además racional. Precisamente el contrario de aquél; primero la Tierra común; después los hombres comunes que la han de habitar; y por último, la vida común de estos hombres sobre aquella Tierra. La Tierra es, pues, anterior a los hijos de Adán y Eva; que son los hombres comunes y que en ella viven, porque a causa del pecado de sus padres, en ella han nacido.

Teoría que prescinde de la Tierra carece de fundamento, porque la Tierra es fundamental para todo lo humano. La Tierra común fué creada por Dios con el previo designio de que en su momento oportuno fuera habitada por los hombres. En la Tierra les preparó su morada.

b) *Los hombres comunes*.—Son los hijos de Adán y Eva. Que

por el pecado común, que llamamos original, vinieron a la Tierra común y en ella habitan, y de la cual dependen en absoluto para todo.

Los hombres que pueblan la Tierra son de tres especies: los muchos, los pocos y los contados.

a') Los muchos son los llamados animales racionales, u hombres comunes, los pecadores. Los cuales por ser animales son ambiciosos y lo quieren todo para ellos, pero por ser racionales se contentan con lo posible y todo lo quieren en su orden; primero el Bienestar, después la Dicha, por último la Felicidad. Estos son los hombres de sentido común, cuya naturaleza es también común a todos, en lo posible.

b') Los pocos son los elegidos, los selectos, los distinguidos, los privilegiados, los idealistas. Los que prescinden de su Bienestar y de su Dicha porque quieren, desde luego, su Felicidad. Hombres raros y peregrinos que no viven en la Tierra, sino en el Cielo, hombres elegidos para santos, y por tanto predestinados. Son los exaltados, los que sacrifican el presente al futuro, los hombres del más allá, fantásticos y soñadores, que no viven en la realidad.

c') Los contados son los justos, que son muy pocos, unos cuantos nada más. Hombres del término medio, que están en la Tierra común añorando el Paraíso; hombres que por bien que vivan aquí, están siempre queriendo pasar a mejor vida cuanto antes. Hombres de recta conciencia, libres de culpa y de pecado, que pagan por los pecadores, pero que por ser justos no protestan; los que escrupulosos y cicateros, por ser justos, quieren todo lo suyo, es decir, lo que se les debe en justicia, pero no perdonan nada; lo suyo y nada más ni menos, porque otra cosa no sería justo.

A los comunes nos referimos nada más. La primera relación de estos hombres es con la Tierra. Su primera determinación es ser terrestres. El hombre esencial necesita el acceso a la Tierra para existir realmente; y necesita igualmente usarla para conseguir su fin. Necesitan de la Tierra para todo. Porque la Tierra es su madre. Ella los da a luz; les suministra la sustancia; les proporciona el sustento; es el depósito universal de las materias y fuerzas que utilizan mientras viven en este mundo. La Tierra es el teatro de su vida; el medio ambiente en el cual se desenvuelven; el que los circunda, y, porque los circunda, condiciona todo lo humano.

El hombre habita la Tierra y la prepara para ello. El hombre en teoría hace la Tierra. En realidad es la Tierra la que hace a los hombres para que la habiten y en ella residan. Es también su última morada, su sepultura; es el seno o entraña a que han de volver;

porque la madre que los dió a luz y los sustentó durante toda su vida, los acoge de nuevo cariñosamente en su seno al morir, para que en él duerman y descansen en paz, eternamente, hasta que suenen las trompetas angélicas llamando a resurrección.

Es curiosa la inversión de términos que hace el hombre. Este, soberbio, se considera Señor de la Tierra; rey no sólo de la Tierra, sino de toda la Creación. No reconoce más superior que el Rey del Cielo, Dios. Afirma que la Tierra le pertenece porque se la ha dado Dios y porque la domina. La realidad es lo contrario. La Tierra no pertenece al hombre; pero el hombre sí pertenece a la Tierra; es parte de ella; un parto de ella, puesto que es su hijo. Eso significa ser terrestre. El hombre se apodera de la Tierra; pero es un simple apoderado que de la tierra recibe sus poderes. No existe la Tierra para el hombre; existe el hombre por y para la Tierra. El hombre no es el primero en la Tierra; es el último llegado a ella. Y todos los seres llegados antes tendrán mejor derecho a la Tierra si Dios les hubiera provisto de más fuerza.

c) *La vida común.*—El tercer dato elemental de la teoría de los medios es la vida común de los hombres comunes sobre esta Tierra. O sea, su vida en común, la vida de la comunidad humana o humanidad comunizada, cuya forma perfecta es la Sociedad.

Las relaciones de los hombres con la Tierra condicionan la vida de la Humanidad. Es decir: la índole de la relación primaria de los hombres con la Tierra determina la índole o naturaleza de todas las demás relaciones humanas, sin perjuicio de que en ella influyan otras circunstancias, pero dejando a salvo siempre lo esencial. Dicho de otro modo: el carácter de la relación de los hombres con la Tierra que habitan y usan, gobierna la existencia y vida de la Humanidad entera. El desarrollo de la vida humana, al través del tiempo, es la Historia; y toda la Historia está condicionada, en lo esencial, por el conjunto de relaciones de los hombres con la Tierra; y el de cada comunidad humana o Sociedad, por el conjunto de sus relaciones con el territorio que puebla; o sea, por su sistema territorial. La Historia es un largo comentario de las relaciones de los hombres con la Tierra.

Actuar sobre la Tierra, desplegar la actividad desgranada en actos sucesivos, funcionar el hombre sobre la Tierra ¿qué es, en definitiva, sino vivir? La actividad desplegada por los hombres durante el tiempo que viven en la Tierra es su vida. La vida es la realidad de la existencia humana. Así entendida, la vida del hombre depende de su comunicación con la Tierra, es decir, de su acceso a ella, o sea, de su

función con la Tierra, o sea, de usarla. Usar la Tierra es, en definitiva, la manera de que el hombre viva en la Tierra. Y la misma dependencia absoluta tienen las demás maneras de vivir del hombre en la Tierra, tanto material como espiritualmente. El hombre no puede vivir en ninguna forma sustraído al influjo de la Tierra. Su relación con la Tierra es su cordón umbilical.

Esta dependencia de la Tierra es absoluta. En todo, para todo y para siempre. El hombre ha de estar en relación con la Tierra en todos los momentos de su vida; es decir, su relación con la Tierra ha de ser constante; relación de contacto, contigüidad y continuidad constantes si ha de convivir en la Tierra de alguna manera. Ha de mantener con la Tierra las relaciones más estrechas posibles en el espacio y en el tiempo, sin que pueda jamás interrumpirlas. Entre la Tierra y el hombre no puede haber vacío ninguno. Así lo exige la comunidad sustancial de ambos. Y estas condiciones, llamadas vitales por ser indispensables para la vida humana, han de subsistir mientras subsista esta vida.

Ningún progreso científico, ningún avance en la organización social, nada de cuanto los hombres pueden lograr en la Tierra, podrá romper o debilitar esa relación. Es tan rigurosa hoy como en el principio de la existencia de la Humanidad. Y mientras las leyes naturales sean las mismas, leyes que están fuera del alcance humano y a las cuales éste ha de obedecer, si quiere vivir naturalmente, seguirá siéndolo.

2.º LOS SUPUESTOS NATURALES.—Los medios reales son los supuestos naturales, esto es, lógicos y racionales, estrictamente necesarios para que los hombres puedan conseguir su bien común.

«Supuestos» por no ser susceptibles de comprobación experimental y porque a causa de su estricta necesidad lógica para la teoría de los medios hemos de dar por supuesta su existencia, ya que sin ellos quedaría troncada la teoría; o los damos por supuesto o renunciemos al Bienestar por falta de medios. Son naturales porque así lo exige la naturaleza de las cosas, entre éstas el hombre, naturaleza que es la que nos los suministra y proporciona, cumpliendo la voluntad de Dios. Son necesarios porque sin ellos no hay realmente medio de conseguir el fin propuesto.

Estos supuestos naturales son tres, en este orden: 1.º) la propiedad común de la Tierra; 2.º) la libertad natural de los hombres, condición necesaria para perseguir el fin, y 3.º) la buena voluntad de todos

para aprovechar la oportunidad de haber venido a la tierra para cumplir su misión.

1.° *La propiedad común* de la Tierra por todos los hombres, o sea, por el linaje humano, es el primero de estos supuestos y la primera condición real para la consecución del bien común. Esto quiere decir que todos los hombres sean propietarios de la Tierra; porque si toda la Tierra es propiedad sólo de parte de los hombres, o sea, de un sector de la Humanidad, la Tierra se habrá convertido en bien particular de aquellos hombres, pero no cooperará a la consecución del Bien común. Sin que la propiedad común obste al uso individual de la Tierra, que es cosa distinta y conciliable con aquélla.

Supuesta la propiedad común de la Tierra por todos los hombres que la pueblan, esta Tierra tiene otra propiedad común exclusivamente suya: la de ofrecer oportunidad a todos los hombres de poder conseguir aquí su fin. Oportunidad preñada de otras cinco que, en su orden natural, son: 1.°) Vivir en la Tierra. 2.°) Multiplicarse. 3.°) Apropiársela, y cuanto contiene; para poseerlo, disfrutarlo y gozarlo. 4.°) Utilizarla como medio positivo para su fin. Para lo cual hay que trabajar sobre ella con tal fin; necesidad impuesta por la Naturaleza, no deber moral, pena impuesta por Dios al pecado original que, en nosotros, es haber venido a este mundo real como consecuencia de un pecado que llamamos original, el más original de los pecados. Y utilizarla como nos parezca mejor. 5.°) La máxima oportunidad, que es del orden moral, y consiste en la posibilidad de conseguir el máximo bienestar posible aquí, en la Tierra, como preparación para conseguir uno superior más allá, la felicidad en el otro mundo, que no es nuestro fin real, sino el verdadero, el que queremos y perseguimos de verdad.

2.° *La libertad natural de los hombres.* Es el segundo de los supuestos naturales estrictamente necesarios para conseguir el bien común posible en este mundo. La libertad de todos los hombres comunes y la de cada cual de los hombres en lo que tienen de común, no en lo que tengan de particular.

Libertad en absoluto es la posibilidad de obrar sin ninguna restricción. La humana, que es relativa, es la posibilidad de obrar con dos restricciones: la natural y la humana. La natural es la resistencia que las cosas naturales opongan a nuestra acción; es, pues, posibilidad de obrar el hombre, si puede. La humana es posibilidad de obrar el hombre conforme a su voluntad.

Origen de esta libertad es el ser libre. Libre en absoluto no hay más que uno, Dios. El cual hizo al hombre a su imagen y semejanza; es decir, libre, no en absoluto, sino relativamente. Esta libertad, por su naturaleza, es un medio para que el hombre consiga su fin. Medio estrictamente necesario para dicha consecución; un medio racional, o sea, de la misma naturaleza del hombre, porque si fuera de otra naturaleza, sería inadecuado, y no siendo racional habría de ser irracional, lo cual no sería apto para conseguir el bien común, sino el particular. Si de la libertad se usa irracionalmente, es por error.

Por ser un medio hay que tener clara visión del fin o bien. «La visión teológica es el primer postulado necesario para comprender la libertad humana» (Enc. Prestantissimo, de León XIII). Si erramos en cuanto al fin, erraremos en el empleo del medio; y perseguiremos un falso bien. La elección de medios prueba nuestra libertad para elegirlos. Y también la racionalidad de este medio. Porque la voluntad humana es racional, y cuanto de ella proviene ha de serlo también. Nuestro error posible en la elección de medios prueba nuestra libertad, como la enfermedad prueba la existencia de la salud.

Su forma es orgánica. Hay tres maneras de obrar con libertad, cada una con su nombre propio: la primera es la espontaneidad sujeta al instinto; la segunda es la independencia, que es obrar conforme a la propia conciencia; la tercera es la soberanía, o sea, obrar conforme a lo que dicta la razón.

La espontaneidad es la posibilidad de obrar a impulsos de la voluntad instintiva; un obrar impulsivo. Libertad primitiva, del animal puro; muy hermosa en teoría, pero muy peligrosa en la práctica, por estar destinada a morir a manos de la fuerza. Libertad sensible e ilusoria por la ignorancia de las causas que nos obligan a obrar de esa manera.

La independencia es la libertad consciente; lógica. Es la falta de dependencia o subordinación a otro poder o autoridad mayor; obrar a impulsos de la propia conciencia, sin más. Libertad perfecta de forma, y por esa perfección dotada de extraordinaria belleza. Es obrar conforme a nuestros deseos.

La soberanía es la posibilidad de obrar conforme a los dictados de la razón. Una libertad que constituye la alteza y dignidad de nuestra razón; la dignidad suprema de la persona humana. Es la libertad racional. Y lo racional es obrar siempre en orden al bien común de la Humanidad. Por esta libertad, la persona humana es árbitro de su destino. La soberanía es de la razón; pero la razón es del hombre; y

por tanto, de éste la soberanía. El hombre que es dueño de sí mismo y obra serenamente, al dictado de su razón, es soberano en su esfera; el único soberano de este mundo; entonces es cuando verdaderamente puede considerarse rey de la Creación.

Ser racional la libertad, no significa limitación de la libertad natural humana. La sujeción a la ley racional no la disminuye; antes al contrario, la aumenta. Lo que limita es la libertad instintiva, la primitiva, la del bruto, la irracional. Porque la humana es la racional. La irracional es la del animal puro. Sólo sometiendo la libertad primitiva a la razón se convierte la del animal en humana. La racional o humana es igual en todos los hombres sin distinción, y así la libertad de cada cual está limitada por la igual libertad de los demás.

3.º *La buena voluntad*.—El tercero de los supuestos estrictamente necesarios para conseguir el bien común, es la buena voluntad de los hombres que se proponen tal fin.

La voluntad natural humana, por el hecho de ser natural, es de forma orgánica, compuesta de tres especies de voluntad: la instintiva, que es la verdadera; la consciente, que es la bella, y la racional, que es la buena. Por cima de estas voluntades hay otras dos: la justa y la moral. Pero éstas no son comunes, sino excepcionales. La justa es la perfecta: es el perfecto ajuste de las resoluciones de la voluntad a la ley natural humana. Pero la perfección no es de este mundo. La moral es la ideal, *plus quam perfecta*: es la santa voluntad, o sea la humana en cuanto es conforme con la divina voluntad; imposible en este mundo, que no es mundo de ideales, sino de realidades.

La buena voluntad es, pues, la mejor posible, en realidad. La racional, que es la buena, no excluye la instintiva ni la consciente; pero rectifica sus voliciones ordenándolas al bien común de los hombres. Esta buena voluntad es buena porque quiere el bien común de los hombres y quiere dárselo queriendo los medios necesarios para ello; quiere todo el bien posible para los hombres.

La buena voluntad es buena sólo por querer el bien común de los hombres y querer hacerlo posible para que lo poseamos. Lo posible para ella es quererlo. Dada su naturaleza no puede hacer más. Hacer lo demás nos corresponde a nosotros. Pero la voluntad lo quiere de todas maneras, con sus cinco maneras de querer. En queriéndolo ya no necesita más para ser buena. Que es lo que dice Kant en este párrafo:

«La buena voluntad no lo es por aquello que ella produce o exige, ni por su valor para la obtención de algún fin propuesto, sino sólo por el *querer*, esto es, ser considerada en sí por sí misma buena; sin comparación debe estimarse mucho más elevada que todo lo que mediante ella puede ser llevado a cabo. Aun cuando por una suerte desfavorable, o por las escasas dotes de una naturaleza madrastra, esta voluntad carezca en absoluto de potencia para ejecutar su designio; aun cuando a pesar de los mayores esfuerzos no ejecute nada y quedara sólo la buena voluntad (no en verdad un simple deseo, sino el empleo de todos los medios en tanto en cuanto estén a nuestro alcance), brillará entonces como una joya por sí misma, como algo que en sí mismo encierra su pleno valor. Lo útil o infructuoso del resultado no puede añadirle nada» (Metafísica de las costumbres.—Fundamento).

Lo que hace buena a la voluntad es su bondad. Bondad es «la condición que hace buenas las cosas» (Dicc.) Como virtud sólo es posible en la voluntad. Es el signo revelador de su buena naturaleza, o sea, su perfección final. La bondad del hombre es ser él mismo el instrumento de su bien, sirviéndose de su voluntad para conseguir el bien que hace en virtud de la bondad de su voluntad. Por lo cual y se identifica con el bien que hace. Y por tanto, la fuente de todas sus virtudes; por el camino de la bondad puede llegar a ser perfecto. El hombre bueno realmente es el que ama el bien y en primer término al suyo. Y como al suyo, el de los demás. Lo ama por sí mismo, por ser bien en principio y en todas sus formas. Bueno absolutamente es el hombre que eleva su alma sobre todas las cosas para amar al Bien puro, en sí mismo, sin limitaciones; el que siente el placer de ser bueno, sólo por serlo. El hombre absolutamente bueno es el bastante generoso para elevarse a las mayores alturas y penetrar triunfante en la morada del Bien puro, que es el sumo, sintiéndose superior a todos los males posibles, a todas las imperfecciones o impurezas de la realidad: victoria del hombre, de su espíritu, de su voluntad sobre la realidad del mundo, y por tanto sobre todo mal; es el triunfo del Bien sobre el Mal en el alma del hombre; triunfo de Dios sobre Satán.

La buena voluntad comunica su bondad al hombre que la posee y lo hace bueno. Veamos sus pormenores.

1.º Esta bondad de la voluntad tiene un origen. Es una gracia concedida por la divina voluntad del Ser absoluto, Dios, al ser humano; y sólo posible en el hombre puro.

Que sea o no posible en realidad al hombre real, depende de la naturaleza de las cosas y del hombre en relación con las circunstancias.

2.º La bondad realmente es un sentimiento, una manera de sentir el hombre las cosas. Por los buenos sentimientos del hombre se revela la bondad de la voluntad humana. Este es su fundamento.

3.º La forma natural de la buena voluntad es la de una fortaleza. Esta fortaleza manifiesta la existencia de la verdadera buena voluntad. Cuando el hombre posee esta fortaleza, su voluntad es verdaderamente buena. La fortaleza de la voluntad constituye la fuerza del carácter del hombre: este carácter es el racional; la cual fuerza consiste en su poder para resistir todo conato de torcimiento o vicio que lo desvíen del buen camino. La fortaleza de la voluntad es, pues, la entereza del ánimo.

Fortaleza de la voluntad es «afección del alma, por medio de la cual despreciamos todos los peligros y daños de las cosas sujetas a nuestra voluntad» (San Agustín). «Es la tercera de las virtudes cardinales, que consiste en vencer el temor y huir de la temeridad» (Dicc.).

Esta fortaleza es orgánica, compuesta de tres virtudes menores que la integran: firmeza, constancia y perseverancia. Firmeza para querer el bien; constancia para perseguirlo; perseverancia para conseguirlo. Es interesante el examen de cada una de esas condiciones de la fortaleza.

a) *Firmeza*.—«Entereza, constancia y fuerza moral de quien no se deja dominar ni abatir» (Dicc.) Esta definición es defectuosa. No es entereza de ánimo, aunque de esta proceda. La entereza significa integridad. No es constancia, virtud distinta de la firmeza, que requiere el concurso del tiempo para existir, concurso innecesario en la firmeza. No es fuerza moral, porque la fuerza moral es el contenido de la fortaleza.

Firmeza es la manifestación sensible, pero no ostensible de la fortaleza moral de la voluntad. Es el suelo firme sobre que se levanta la fortaleza. Y del que depende la solidez y aplomo de ésta. Es la roca viva sobre que la fortaleza se alza. La parte inconvencible, el cimiento. Excluye toda consideración de espacio y tiempo; es condición sin la cual no es posible la existencia de la fortaleza.

Esta firmeza consiste en querer inquebrantablemente el bien común de los hombres; quererlo de todos los modos y maneras, que es amarlo. El amor al bien es la roca firme sobre la que se levanta la fortaleza de la voluntad. Si la voluntad vacila, si titubea en su querer, si flojea, si es débil, no es completamente buena y el hombre carece de carácter, o sea, de fortaleza moral en que parapetarse por falta de firmeza.

b) *Constancia*.—«Firmeza y perseverancia de ánimo en las resoluciones y propósitos» (Dicc.).

La constancia es la parte visible de la fortaleza, el vuelo de ésta, lo que se levanta sobre el suelo o firmeza. La existencia de la constancia no es posible en una voluntad sin firmeza. Firmeza y constancia son cosas de distinto orden. La constancia implica la idea de tiempo.

La constancia no es «firmeza y perseverancia», como dice el Dicc. Las tres son parte o aspectos parciales de la fortaleza y atestiguan su solidez. La firmeza es el cimiento; la constancia, que presupone la firmeza, se alza sobre ella, con el concurso del tiempo; hace visible la fortaleza y proclama su persistencia. La firmeza es el principio de la fortaleza; la constancia, el medio. Por su firmeza, la voluntad no vacila; por su constancia, no se cansa; es infatigable.

c) *La perseverancia*.—«Firmeza y constancia en la ejecución de los propósitos y resoluciones del ánimo. 2.^a Duración permanente o continua de una cosa. 3.^a Constancia en la virtud; en mantener la gracia hasta la muerte» (Dicc.).

La perseverancia presupone la firmeza y la constancia; pero no es lo mismo. Ni su continuación *en* la ejecución, sino *hasta* la ejecución de las determinaciones de la voluntad. Incluye la idea de fin que la firmeza y la constancia no encierran. Es el coronamiento de la fortaleza; su complemento o cumplimiento. La función y efecto de la firmeza y la constancia que sin ella serían ineficaces. Es la conquista de la palma del triunfo.

Las tres virtudes, esencialmente, son la misma cosa; realmente son distintas, por ser contempladas desde tres distintos puntos de vista, son: el principio, medio y fin de la fortaleza, por lo cual aparecen a nuestros ojos con distinta forma. Pero las tres son partes de la fortaleza, aspectos diferentes de un mismo todo. Fortaleza que es la propia voluntad en su forma natural. Es decir: cada una de las tres virtudes es una, idéntica y siempre la misma virtud: la fortaleza de la buena voluntad en distinta posición y en diferente puesto, según el orden de su relación. La posición de firmeza es la más humilde, la del cimiento, escondida, pero fundamental e indispensable. La de la constancia la más visible, la más ostentosa y ostensible; es el edificio de la fortaleza. Pero la perseverancia es la más noble y alta, la más costosa, porque ha de llegar al fin; es la que legitima el orgullo del hombre fuerte, la que perfecciona la fortaleza, la que proclama que la voluntad no ha flaqueado hasta llegar al fin. La perseverancia es

la corona de la fortaleza, su cúpula o techumbre; la defensa de la fortaleza contra el fuego del cielo; sobre ella ondea la bandera del triunfo; bandera que es el pregón de la victoria, la consecución del fin.

* * *

Al considerar la forma de la buena voluntad surgen algunas cuestiones que hemos de dilucidar. La primera se contiene en esta pregunta: la fortaleza ¿es virtud? Algunos lo niegan; otros sostienen lo contrario. Los primeros se fundan en que la fortaleza, esencialmente, es fuerza, y la fuerza si es puesta al servicio del mal no puede ser virtud en perfecta lógica. Y la firmeza, constancia y perseverancia que constituyen aquella fortaleza, puestas al servicio del mal son vicios. La solución está en que la fortaleza de la voluntad y sus componentes son virtudes relativas, relativas al fin a que se subordinan. Puestas al servicio del bien no pueden ser sino virtudes. La fortaleza moral es puesta siempre al servicio de la justicia, que es lo que quiere hacer en primer término la buena voluntad.

* * *

4.º La función de la buena voluntad es servir de medio eficaz, útil, para la consecución del fin que persigue; es decir, ser un útil, una herramienta, un instrumento puesto al servicio del hombre para conseguir el fin que persigue, o sea, el bien común, hasta conseguir el posible, y, naturalmente, los medios necesarios para conseguirlo. La buena voluntad racionalmente pensando quiere esos medios y nos los dará, si puede.

5.º El fin que la buena voluntad persigue, es decir, su aspiración, es conseguir todo el bien común para dárnoslo y que lo poseamos, disfrutemos y gocemos como si fuera nuestra exclusiva propiedad. Pero esto es imposible. Por el que nosotros poseemos, el bien común, no depende, en realidad, de nuestra buena voluntad. Esta es indispensable para conseguirlo. Pero se necesita algo más. Lo que racionalmente pensando puede hacer la buena voluntad es quererlo y querer dárnoslo y juntamente señalarnos los verdaderos medios, o sea, los bienes posibles para conseguirlo. Y nos los da en todo cuanto de ella depende, que es quererlos; porque querer es lo único que la voluntad puede hacer. Y en cuanto los quiere y quiere dárnoslo, ha hecho todo lo posible para ella.

¿Existe buena voluntad entre los hombres? Esto es, ¿existen naturalmente hombres de buena voluntad? Mucho se ha discutido sobre si los hombres tienen o no buena voluntad en virtud de su naturaleza real, que es la común. Para Rousseau, la común es buena, aunque echada a perder por la vida social. Para Maquiavelo, es mala. Los filósofos, en general, se sienten inclinados a declararla buena. Los moralistas cristianos la reputan mala, a causa del pecado original.

La importancia de la cuestión estriba en que si la voluntad es buena, por ser buena la naturaleza humana, el hombre común será bueno, esto es, será un hombre de bien, aunque por ser común sea también corriente y ordinario; el vulgo, la multitud será también buena, y cuando se revela mala habrá que buscar el origen de su maldad, no en su propia naturaleza, que es la común, sino en algo particular que la vicia y tuerce arrastrándola hacia el mal; algo que no es el pecado original, porque el hombre común es posterior al pecado, ya que nació del de Adán. Y, sin embargo, puede ser bueno. Estará en las circunstancias.

Para nosotros no hay duda. Nosotros somos los hombres comunes, es decir, los racionales, los de sentido común. Identificada la buena voluntad con la racional, ésta ha de parecernos buena, todos los hombres de sentido común. Y también con buenas razones. Porque supuesta la mala voluntad común de los hombres todos ¿dónde iríamos a parar? ¿Cómo conseguir el bien común si dejamos el camino racional, que es el derecho, o sea, el más recto posible, y apartándonos de él obramos como puros animales? Sin buena voluntad seríamos aún fieras salvajes; seguiríamos en las cavernas; no habría habido progreso ni sociedad.

La cuestión es trascendental, porque sobre el supuesto de que en todos los hombres, o en los más, domina la mala voluntad, se han fundado siempre las tiranías; con ese alegato se ha pretendido justificarlas; y por ese falaz supuesto se priva muchas veces a los hombres comunes de su libertad natural. «La razón ama al absurdo», decía Donoso Cortés. Afirmación absurda. Porque el absurdo en lógica es la injusticia en moral; y por tanto el camino del mal; la razón humana, que es bien común, no lo puede amar.

La verdad es que la voluntad natural humana, que es la común, no es buena ni mala: es regular; por ser racional, se inclina en uno o en otro sentido, según la naturaleza del hombre en relación con las circunstancias. Esta voluntad, por ser racional, en principio quiere el bien común posible para todos; este querer proviene de su bondad.

Esta bondad de la voluntad revela su buena naturaleza y la del hombre a que pertenece. Esto es la buena pasta con que está fabricado, su buena sangre; en otras palabras, su propensión al bien común, o sea, a la paz y a cuanto la sea dado por añadidura.

Si la naturaleza humana fuera mala, cuanto de ella procede sería malo también. Y, por consiguiente, nadie podría tener buena voluntad; ésta no existiría. Y, sin embargo, la necesitamos así; es una pieza tan indispensable en nuestra teoría de los medios, que tenemos que suponerla.

Así entendido, digamos que toda voluntad es buena en principio, porque tiene virtud para algo, aunque sea la virtud común de la eficacia. Pero nosotros la queremos buena de principio, forma y fin.

III

Los verdaderos medios.—Los verdaderos medios o bienes para conseguir el posible bienestar en este mundo son los posibles para los hombres de buena voluntad. Con éstos es necesario contar. Porque si faltaren los posibles, imposible poseer el bienestar.

Los bienes posibles son tres: la Paz, que es el esencial, y como esencial, indispensable; la Riqueza, que es el real, y la salud, que es el verdadero. Vamos a explicarlos minuciosamente.

1. LA PAZ.—El primero de los posibles es la paz, paz prometida a los hombres de buena voluntad. Como primero es esencial; y como esencial, indispensable para conseguir el bienestar posible. Paz es «socio y buena correspondencia entre los hombres», según el Diccionario de la Lengua. Es un compuesto de cinco factores que en su orden natural, son:

1.º El orden natural de las ideas, sentimientos y voliciones. El orden es siempre un principio de paz; y al revés.

2.º El concierto de las voluntades en cuanto interesa a los hombres; o sea, concierto de sus intereses materiales, espirituales y morales. En primer término los materiales, por ser los fundamentales. Sobre ellos se levanta el concierto de los espirituales y morales. Este es el principio real de la paz, su origen real. Del antagonismo de los intereses materiales nacen las guerras.

3.º La armonía entre los hombres de buena voluntad, armonía consiguiente a los dos factores anteriores. Esta armonía es la forma

natural de la paz. Forma que por ser natural es orgánica, compuesta por tres elementos de paz, a saber: a) la concordia, que afecta a los corazones por su semejanza; b) la amistad de las almas por la afinidad espiritual de las conciencias, y c) la hermandad de los hombres por la identidad de sus razones de ser, existir y vivir como hijos de un padre común, de Dios.

4.º Todo lo cual produce como efecto la fraternidad entre los hombres por la intervención del amor humano que perfecciona su hermandad, y

5.º La caridad, acto de amor al Bien puro, o sea, de la Criatura a su Creador, y de el Creador a su Criatura, factor que todo lo perfecciona por la acción del divino amor.

II: LA RIQUEZA.—La riqueza es el segundo de los bienes posibles para los hombres de buena voluntad. El concepto de la riqueza es el más complicado de los posibles; el que requiere más cuidado en su obtención, por su importancia, trascendencia y dificultad. En teoría, el más importante es la paz, que es esencial. En realidad, el más importante es la riqueza, que es el real; y como vivimos en la realidad, que es donde estamos, sacrificamos muchas veces la paz a la riqueza para obtener el bienestar.

La riqueza es una mina muy rica, abundante en filones, que son sus sentidos, aunque difícil de conseguir por el peligro de extraviarse y caer a cada paso en los vericuetos de su realidad. Pero su mero enunciado abre grandiosas perspectivas y despierta insaciables deseos de conquistarla. Ante sus perspectivas deslumbradoras quedamos perplejos, sin saber que camino tomar para obtenerla. La elección del camino requiere mucho discernimiento, por ser decisiva, ya que no todos los modos de adquirirla son legítimos. De los errores de la elección de este modo, provienen casi todos los infortunios humanos.

¿Qué es riqueza? Riqueza es la «abundancia de bienes y cosas preciosas» (Dicc.). Lo esencial es la abundancia. Lo real, los bienes. Lo verdadero, las cosas preciosas. Que dicho se está que al ser preciosas son cosas de mucho precio. Vamos con lo esencial. Al frente de la riqueza figura la abundancia. Una excrecencia en la frente es un cuerno que brota de la propia cabeza de la riqueza. Pero no es un cuerno cualquiera; es el cuerno de la abundancia. Un cuerno único, que vierte a raudales, en abundancia, toda especie de bienes sobre los afortunados a quienes prefiere la Fortuna. Este cuerno en la ri-

queza es lo esencial. Sin abundancia no puede haber riqueza; por eso figura al frente de todas sus especies.

* * *

Como se ve, la riqueza es una potencia que en potencia contiene todas las especies posibles de riqueza y de poder. En ella se encierran todas las posibilidades de bienestar posible para los hombres en la tierra. Riqueza y Poder son ideas afines. Rico es el pudiente, del cual proviene el poderoso y el potentado. Rico y poderoso son casi sinónimos en el lenguaje usual de los países civilizados. De la potencia de la riqueza ¿quién dudará? Por sabido se calla. Y sus especies son también potencias; cada una especial, a saber: 1.º) La esencial es la abundancia de facultades o potencias del alma; que son tres, como sabemos: memoria, entendimiento y voluntad. Riqueza espiritual del hombre común y de los hombres en general. 2.º) La real es la abundancia de oportunidades ofrecidas por la Tierra a los hombres por igual, para que empleen sus facultades. Abundancia que es su fertilidad o fecundidad, para la producción de riqueza material. 3.º) La verdadera riqueza, la formal, es la personal, fruto de las dos anteriores. Riqueza de forma orgánica compuesta de tres verdaderas riquezas, tres tesoros de la persona humana, a saber: a) la robustez del cuerpo; b) la cultura del espíritu; c) la virtud de la voluntad. 4.º) La cual nos dará como fruto la libertad natural humana, que es la riqueza efectiva, la mayor riqueza posible de la persona, la que más ama el hombre aquí; y 5.º) Por fin, la redención divina, que es la perfección de la voluntad, por ser su moral.

Vamos a examinarlas separadamente:

1.º) *La esencial*.—Es, como dijimos, la abundancia de facultades o potencias del alma, o sea, de memoria, entendimiento y voluntad. Cada una de las cuales encierra un poder; porque no son sino posibilidades de obrar en persecución de las cosas preciosas que constituyen la verdadera riqueza del hombre. Los hombres que poseen esas posibilidades en la abundancia necesaria, son los que pueden llamarse ricos esencialmente.

Estas facultades provienen de Dios que los creó y de la Naturaleza que los cría con esas dotes, dotes que la Naturaleza suministra para que consigan su fin. Esto es, para que crezcan, se multipliquen y logren su bien común, o sea, su máximo bienestar posible en este mundo. Fin ambicioso, para cuya consecución se requieren aquellas

facultades en la medida necesaria que la naturaleza exige. Por ser esencial esta riqueza es la primera con que hay que contar; de ella dependen las demás, que sin ella no son posibles. Esta riqueza requiere también abundancia de hombres. Porque si estos no abundan, la especie humana, por muchas facultades que posean los hombres existentes allí, no podrá vencer las dificultades que la propia naturaleza, o sea, la realidad, ofrece a quienes tratan de enriquecerse.

2.^a *La riqueza real.*—Es terrestre, la posible en la tierra. Consiste en la abundancia de oportunidades ofrecidas por la Tierra a los hombres para que empleen sus facultades en el cumplimiento de su misión y en la consecución de su fin o bien común como hombres comunes que son.

Esta riqueza es copia de la anterior. Abundancia de oportunidades para que sobre ella ejerciten los hombres sus facultades, procurando la obtención de los medios necesarios para la consecución de su fin o bien común. La abundancia de facultades o potencias del alma en los hombres es muy importante. Pero lo es más, si cabe, en realidad, la abundancia de oportunidades ofrecidas por la Tierra, o sea, su fecundidad, por ser la Tierra lo fundamental. Sin esta riqueza, la otra es inútil. Si la Tierra no las ofreciera, por muchas facultades que tuvieran los hombres, no podrían conseguir los medios necesarios para su bienestar posible, o sea, su bien común. Aunque el hombre arrojase sobre la Tierra la semilla, si ésta fuese infecunda, aquélla no germinaría. Sus potencias serían empleadas en vano. La acción humana sería estéril, por serlo la Tierra.

Pensar que pudiera faltarle la Tierra a los hombres nacidos, como dijo Malthus y repiten todos los malthusianos, es un gran desatino. Antes faltarán los hombres a la Tierra, porque la madre no puede faltar a sus hijos, pero los hijos a la madre, sí. No puede haber hijos sin madre. Si los hijos llegaran a ser demasiados, la madre, que les da su sustancia y los sustenta, disminuiría su fecundidad o se haría estéril hasta cierto punto. Si todos los hijos murieran, la Tierra quedaría desierta de seres humanos.

Las oportunidades ofrecidas son para producir riqueza efectiva, que es la material, mediante el ejercicio de nuestras facultades en combinación con las oportunidades ofrecidas. Pero tenemos Tierra en abundancia, así como abundan sus oportunidades, hasta ahora, sin que hayan escaseado jamás.

3.^a) *La verdadera riqueza.*—Es la riqueza formal, la personal. La abundancia de fuerzas que el hombre posee, no en potencia, sino en

acto para poder conseguir su fin o bien común. Fruto de las potencias humanas ejercidas en combinación con las oportunidades de la Tierra. Riqueza consistente en la abundancia de bienes personales que dan al hombre la potencia necesaria para conseguir su fin; y hacen potente su personalidad. Dotándole de poderes y fuerzas suficientes y aun sobradas para cumplir su misión en la Tierra.

Esta riqueza en su forma natural es orgánica, compuesta de tres riquezas personales, tres verdaderos tesoros que el hombre debe conseguir y conservar, cada uno de los cuales contribuye a su potencia personal, y que son, como ya se ha dicho, la robustez, la cultura y la virtud. Tres riquezas que por su magnitud requieren para su explicación capítulo aparte.

A) LA ROBUSTEZ.—Se refiere al cuerpo. La robustez del cuerpo es la primera de las riquezas personales, es la fundamental, porque sirve de fundamento a las demás, imposible sin ella comúnmente. Riqueza sensible o accesible a los sentidos corporales. Es la potencia física del hombre, y consiste en la abundancia de fuerzas corporales. Fruto de cinco factores, a saber: 1.º La vitalidad indispensable. 2.º La corpulencia estricta. 3.º La fortaleza natural que es precisa, compuesta de tres variantes de la fortaleza: a) la fuerza muscular; b) el vigor fisiológico, y c) la resistencia orgánica. Lo cual conduce lógicamente a la longevidad. O sea, el poder vital del hombre, considerado como animal, es indispensable para que pueda cumplir su misión en la tierra, que es material; pero sólo en la medida de lo indispensable, porque un desbordamiento de la vitalidad sería nocivo para el hombre común. La corpulencia debe ser estricta, que es la proporcional, o sea, la normal; una corpulencia excesiva, desproporcionada, anormal, o sea, una excesiva grandeza y magnitud corporal, sea natural o artificial, sería impropia del hombre común o normal y propia tan sólo de un gigante. La resistencia orgánica es la precisa. Es la forma en que se manifiesta la fortaleza de la persona humana; su capacidad para resistir a sus enemigos reales, el hambre, el frío y la intemperie. La longevidad es la consecuencia natural de la robustez, y su consiguiente fin es la perpetuidad del individuo robusto.

B) LA CULTURA.—Se refiere al espíritu. Es la segunda de las riquezas personales o verdaderas del hombre. Por cultura entendemos «la acción y efecto de cultivar el espíritu o la mente humana» (Dicc.). Y es también un compuesto de cinco factores que en su orden natural son: 1.º) El talento. 2.º) La experiencia. 3.º) La ciencia en sus tres ma-

nifestaciones: a) de los principios; b) de las formas; c) de los fines 4.º) Lo cual nos da como consecuencia la maestría. 5.º) Y como fin, la sapiencia. Vamos a explicarnos.

El talento es lo esencial. Está formado por dos de los dones o potencias del alma: la memoria y el entendimiento combinados. El talento es la suma de esas dos potencias naturales con que Dios enriquece a algunas de sus criaturas. Esto es, según dice el Diccionario, «las dotes intelectuales, como ingenio, capacidad y prudencia que resplandecen en la persona. Por antonomasia el entendimiento». Pero la prudencia es virtud, y como tal perfección de la voluntad, aunque guiada por la razón.

La suma de esas dos potencias acumuladas en un sujeto es condición esencial o primaria para la existencia de la cultura; es lo que la hace posible. Los amnésicos y los idiotas son incapaces de cultura, porque carecen de las dotes esenciales. El talento o padre de la cultura es un don divino y natural.

2.º *La experiencia*.—El principio real de la cultura es la experiencia. O sea, «el conocimiento de los hechos adquiridos prácticamente y almacenados en la memoria de los hombres» (Dicc.).

La experiencia, que es la vida de la Humanidad, es el fundamento de la cultura, su condición real, la razón de su existencia, su sustancia. El talento sin la experiencia no puede nada; sería como un molino sin grano que moler. La experiencia sin talento nada enseñaría, es infecunda, porque ambos son los progenitores, el padre y la madre de la Ciencia.

3.º *La Ciencia*.—La Ciencia es la manifestación o forma de la Cultura, la hija del talento y la experiencia. «Ciencia es el conocimiento cierto de las cosas por sus principios y causas» (Dicc.). Definición mejor y más completa es la de Francisco Sánchez en su libro «Que nadie sabe nada» (1581) «Conocimiento perfecto de la naturaleza de las cosas»; a lo cual se debe añadir «y de sus leyes y fines», porque sin esto, el conocimiento de las cosas sería imperfecto. Las leyes son la forma natural de las cosas según la exigencia de su naturaleza, y los fines la realidad de sus funciones. De todas las cosas, las divinas y las humanas y de sus máximas perfecciones, que son su verdad, su belleza y su forma para con nosotros; sumas perfecciones de su materia, su forma y sus funciones o fines. Se llama Ciencia porque se forma en la conciencia.

La Ciencia es fruto del talento y la experiencia. Son su padre y su madre, respectivamente. La experiencia nos da la materia prima; la

sustancia, los hechos. Pero el talento, mediante sus abstracciones, le da el ser, porque extrae de los hechos la esencia que contienen, que es lo primero; así se forma la Ciencia. Ciencia es saber: la Ciencia abarca todo el saber posible para los hombres que viven en la Tierra, los racionales, que es lo que tienen de común. Así entendido, la Ciencia es la forma del saber. Forma orgánica, compuesta de tres ramas: a) Ciencia de los principios de las cosas, o sea, de sus causas, que es la Filosofía. La cual averigua la Verdad respecto de las cosas. La posible es la natural humana. El conocimiento racional de lo posible en realidad, dada la naturaleza de las cosas. Objeto de ella es todo lo concebible racionalmente pensando; queda fuera sólo lo inconcebible, lo inimaginable, lo incomprensible, lo sobrenatural, lo religioso, lo místico. Todo lo absoluto. Ciencia de lo absoluto son términos contradictorios. Si lo absoluto es Dios, una filosofía de lo absoluto sólo puede ser una Teología. b) Ciencia de las cosas naturales y de sus perfecciones; la perfección de la sustancias es la verdad; a que nos lleva la Lógica; la perfección de la forma es la belleza. De la cual se ocupa la estética. c) Ciencia de los fines de las cosas, que nos revela su bondad y de lo cual se ocupa la ética.

La lógica, la estética, y la ética se ocupan de las tres sumas perfecciones de las cosas: de su verdad, belleza y bondad, cuyo orden natural es el enumerado, por referirse a su sustancia, su forma y su función. Las tres se sintetizan en el bien puro que es Dios.

4.º Fruto de este saber es la maestría. «Maestría: arte y destreza en enseñar y ejecutar una cosa» (Dicc.). La maestría es la condición que hace al maestro. Consiste en saber cuanto hay que saber en este mundo para conseguir el fin propuesto. Es un grado superior de la Cultura muy difícil de alcanzar, puesto que es la función misma de la Cultura la que nos da la maestría.

Maestro en absoluto no hay más que uno: el Divino Maestro, Jesús, el Hijo de Dios. Maestros relativos lo son todos los hombres, aunque no por igual, porque cada cual es maestro en su especialidad, y fuera de ella siempre queda mucho por enseñar. La función del maestro es aumentar el saber que da al hombre común la maestría necesaria para obrar como un maestro en relación con su fin.

5.º *La sapiencia*.—Es el fin de la cultura; la sapiencia necesaria al hombre común para conseguir su fin. Sapiencia es poseer todo el saber humano posible en relación con el fin; es saber cuanto se puede saber en este mundo; la mayor sabiduría posible en lo humano; la quintaesencia de la cultura; es ser «un Salomón», que supo mucho,

aunque no todo, porque supo amar y amó bien. «El «Libro de la sabiduría» que escribió Salomón se llama sapiencia» (Dicc. 2).

Sapiencia, sabiduría del amor al bien y el amor a esta sabiduría, fruto de la cultura en todas sus manifestaciones; la cultura misma en su grado supremo; la elevación de la cultura a lo sumo posible es el conocimiento de todo lo que el hombre puede y debe saber para conseguir su fin; un compendio de la sabiduría, la parte moral de la cultura; la cultura perfecta, y por tanto, ideal.

C) LA VIRTUD.—El tercero y mayor de los tesoros que constituyen la verdadera riqueza del hombre, o sea, la personal, es la virtud, que es perfección de la voluntad y del hombre que la posee. Es la parte moral de la riqueza personal, la que le da su perfección. Ahora bien, la virtud como palabra tiene diversos significados. Vamos a verlo:

«Virtud: 1) actividad o fuerza de las cosas para producir sus efectos. 2) Eficacia de una cosa para conservar o restablecer la salud corporal. 3) Fuerza, vigor y valor. 4) Poder o potestad de obrar. 5) Integridad de ánimo y bondad de la vida. 6) Hábito y disposición del alma para las acciones conformes con la ley moral y que se ordenan a la bienaventuranza. 7) Acción virtuosa o recto modo de proceder» (Diccionario).

¿Qué entendemos aquí por virtud? Virtud, en general, es una cualidad de la voluntad de las personas, o propiedad de las cosas que las hace aptas para conseguir un fin; es el antecedente o causa inmediata de esta consecución, que es su fruto; la razón por la cual se ha conseguido; el medio necesario para este fin; el puente tendido entre la voluntad que quiere conseguir un fin y esta consecución, imposible sin un medio con virtud suficiente para conseguirlo.

En el sentido que aquí damos a esta palabra, virtud es una perfección particular de la voluntad del hombre, una gracia singular que da a éste fuerza y vigor para obrar bien y conseguir lo que quiere alcanzar; una perfección moral de la voluntad racional, de la cual depende su bondad; es aquella perfección que hace buena la voluntad del hombre común, tan buena que por aquella virtud nos dará lo que queremos; hasta el mayor bien moral, que es la salud, si la voluntad es tan buena como para ello se necesita.

La virtud así entendida es más que una riqueza; más que un tesoro, es una fuente inagotable, un inagotable veneno de bienes, un caudaloso raudal de frutos y dones, la más alta riqueza posible en

realidad; la que con la salud del alma nos da también la del cuerpo si nos conviene; camino necesario para todo bien; la gracia más valiosa de la voluntad. La virtud no es tesoro, porque ni se atesora ni ella atesora; es material y venero de bienes morales, o sea, de gracias, frutos y dones derramados por do quiere la voluntad; manantial tan copioso, que de él mañan innúmeros bienes, en tanta copia que parece un cuento; riqueza imponderable que no hay que alabar porque ella a sí misma se alaba.

La voluntad natural del hombre es buena porque quiere el bien posible, y tiene la bondad de querer dárnoslo, y nos lo daría si pudiera. Su virtud es su eficacia. La eficacia es la varita mágica, el «ábrete sésamo» que franquea el acceso a todos los bienes posibles.

Ahora veamos cuáles son los factores de la virtud:

- 1.º Esencialmente, la virtud es una gracia individual.
- 2.º Realmente, un don natural.
- 3.º Verdaderamente, es un hábito de la voluntad, lo cual nos da en consecuencia.

4.º Una rectitud perfecta.

5.º Y por consiguiente, la absoluta moralidad.

Examinemos estas ideas:

1.º *Una gracia individual.*—La primera condición para la existencia de la virtud es la gracia individual del ser humano; que es gracia, don o merced hecha por el Ser divino al humano. Esta gracia consiste en que el hombre sea racional y cada uno de los hombres lo sea igualmente por lo que tienen de común, esto es, en que posean la facultad de la razón, y sea por tanto capaz de discurrir en orden al bien común. Gracia de origen divino; porque el hombre la recibe gratuitamente del Divino Ser, de su Padre común, del que provienen todas las gracias que en él se suman y que transmite naturalmente al hijo. Ser racional es la gracia que cada hombre recibe de su padre al nacer, por lo que todos son, igualmente, racionales. El Ser divino, el Padre, es, pues, el primer progenitor de la virtud.

La razón divina, de la cual la humana es una chispa, es el poder soberano, el bien del hombre puro. La razón humana es el poder supremo del hombre común, es decir, del ser humano real. Es un reflejo de la razón divina en la conciencia humana, reflejo que centellea a lo lejos como una estrella guiadora de los hombres en su peregrinación por la Tierra camino de su felicidad. La gracia individual es la razón suficiente o causa eficiente de esta virtud. El hombre por esta gracia

está dispuesto y predispuesto a obrar bien en relación con su fin; lo cual es una predisposición a discurrir bien.

2.º *Don natural*.—Esta gracia es un don natural, recibido al nacer por el hombre de manos de su propia naturaleza, que también es racional. Desde que nace, el hombre propende a discurrir en orden a su bien común, o sea, a su bienestar posible; y sólo necesita cultivarla para que florezca y fructifique.

3.º *Un hábito de la voluntad*.—La forma o manifestación natural de esta virtud es el hábito de la voluntad de obrar siempre bien. Hábito que es fruto del uso y la costumbre de hacerlo así. Hábito incorporado a nuestro natural como si fuese una segunda naturaleza, que perfecciona la fundamental. Hábito compuesto o formado por tres hábitos de su especie, que constituyen virtudes menores, a saber: a) laboriosidad infatigable; b) honradez intachable, y c) probidad acrisolada; cada uno de los cuales merece párrafo aparte.

a) *Laboriosidad infatigable*.—Esto es: hábito de trabajar; inclinación de la voluntad hacia el trabajo por gusto, esto es, sin necesidad. La laboriosidad es la madre de todas las virtudes, por ser contraria a la ociosidad, que es la madre de todos los vicios, y con mejor título que ésta, porque el laborioso hace algo, mientras el ocioso no hace nada, por definición. La ociosidad es vicio y pecado; pecado por ser desobediencia a la divina ley del trabajo. El ocioso no va a ninguna parte, porque si es ocioso se quedará quieto. En la práctica es imposible estar ocioso, porque hasta para caer en vicios y cometer pecados se necesita hacer algo.

La laboriosidad para ser perfecta ha de ser infatigable, sólo así ni se tuerce ni se vicia, porque el infatigable es inaccesible, por definición a la fatiga y al cansancio; no necesita, por consiguiente, descansar nunca, por ser inmune a la fatiga. Absorto en su trabajo, nada puede separarle de él; no necesita, por tanto, distraerse, ni divertirse, ni extraviarse, y el que no se extravía, ni se vicia ni se pervierte:

b) *La honradez intachable*.—El segundo hábito que coopera a hacer virtuosa la voluntad es la honradez, o sea, el hábito de obrar siempre honradamente. «Honradez es proceder recto, propio de un hombre de honor y estimación» (Dicc.) Obrar bien es el severo cumplimiento del deber, que nos da buena reputación y gloria entre los semejantes. Es obrar de modo que a los demás les parezca bien y honre al que obra así. «Honrar es respetar a una persona; enaltecer o premiar su mérito» (Dicc.).

La honradez es la propia laboriosidad trascendente a los demás

por sus resultados; es la parte visible de la voluntad de obrar bien. La honradez es un hábito común, puesto que inevitablemente se desarrolla en el seno de la comunidad humana; ya que sin el concurso de los demás, el trabajo no puede ser honrado. Porque se puede ser honrado por activa y por pasiva; se puede obrar honradamente y que los demás nos honren.

Lógicamente la honradez, para ser perfecta, ha de ser intachable; y para serlo en absoluto ha de ser inmaculada. Esto es, sin tacha ni mácula; lo cual es imposible en la Tierra, o sea, en la realidad impura, donde todo mancha y macula. La honradez es, pues, el hábito de trabajar a conciencia. Hábito que da a la fortaleza moral su constancia; hace constar su existencia.

c) *La probidad acrisolada*.—El tercer hábito integrante de la virtud común es la probidad acrisolada. «Probidad es bondad, rectitud de ánimo, hombría de bien, integridad en el obrar» (Dicc.). Es el hábito racional de obrar bien en todo y del todo, o sea, íntegramente; obrar bien a toda prueba, de aquí su nombre: probidad. No estar descontento de la obra realizada, por haberla hecho a conciencia y aprobarla ésta. Es el más moral de los tres hábitos, el que da finalmente a la voluntad su virtud para obrar bien. Es poner todo el alma en la obra que se está realizando para que salga bien; y obrar bien, no sólo a juicio de propios y extraños, como lo hace el que obra con honradez, sino de uno mismo, que es siempre más exigente.

La probidad para ser perfecta ha de ser *acrisolada*; esto es, pasar por el crisol de la propia conciencia, que conoce las máculas de la obra y los desfallecimientos de la voluntad en su ejecución. Pasar por el crisol es superar la prueba del fuego; porque el crisol se alimenta con fuego, el fuego del amor a la perfección absoluta, al Bien. Prueba que da a la voluntad la dureza del diamante y su transparencia, el temple del acero para acerarla.

Este hábito da a la fortaleza moral su perseverancia para llegar hasta el fin.

Todo lo cual nos conduce lógicamente a consecuencias en que se sintetiza esta virtud, a saber:

4.ª *La rectitud perfecta en la conducta*.—«Rectitud es: derecha o distancia más breve entre dos términos. 2) fig. Calidad de recto o justo» (Dicc.). «Recto: que no se inclina a un lado ni a otro. 4/ Fig. Justo, severo, firme en sus resoluciones» (Dicc.).

La rectitud es la manera de obrar del que se siente moralmente fuerte; rectitud en todo, en las intenciones como en las determinacio-

nes; en todas las acciones de la voluntad, en todas las manifestaciones del querer hasta conseguir el fin o bien propuesto.

La rectitud para ser perfecta ha de ser inflexible. «Inflexible: incapaz de torcerse o doblarse. 2/El que por firmeza y constancia de ánimo ni se dóbla ni desiste de su propósito» (Dicc.). La inflexibilidad en la conducta recta, es un fruto de la fortaleza de la virtud. Pero la rectitud inflexible sólo es posible en el ámbito de la conciencia moral. El hombre con conciencia de su virtud, para conseguir el bien, no se desvía de la línea recta, a su parecer; no se detiene ni entretiene o aparta del camino del bien, que es un angosto sendero. Esto sólo ocurre en el ámbito moral. Pero es imposible en realidad por las resistencias que ésta opone y que obligan a separar la conducta de la línea recta para salvar los obstáculos y dominar las dificultades. Exactamente lo que ocurre con el movimiento real.

La rectitud es la belleza de la virtud, porque es su forma perfecta.

5.ª *La moralidad absoluta*.—«Moralidad es la conformidad de una acción o doctrina con los preceptos de la sana Moral. 2/Cualidad de las acciones humanas que las hace buenas» (Dicc.).

La última consecuencia del hábito de obrar bien es la moralidad de la conciencia recta, en lo que concierne a la voluntad. La moralidad da el último toque a la conducta virtuosa y la hace perfectísima.

Mas la moralidad para ser perfecta del todo, ha de ser absoluta.

Naturalmente, esto es lógica y racionalmente pensando, la robustez, la cultura y la virtud, que son las verdaderas riquezas del hombre, las personales, hijas de la abundancia de las potencias del alma y de oportunidades terrestres para emplearlas, romperán las cadenas con que aquellos enemigos del hombre lo esclavizan y le darán libertad.

IV) *La libertad natural humana*.—La riqueza, en sus varias especies, tiene una consecuencia ineludible: la libertad natural humana, hacer libre naturalmente al hombre que la posee. La riqueza hace al hombre ese don inestimable. Porque la libertad es la mayor riqueza del hombre entre todas las posibles. Es la perfección esencial del ser humano y la fuente de todas las demás riquezas. Pero no se trata sólo de la libertad natural para todos los seres animados, sino la humana, que es la racional, o sea, la posibilidad natural de obrar conforme a los dictados de la razón y en orden al bien común.

Consecuencia natural del saber, poder y querer conseguir el bien común de los hombres, o sea, el máximo bienestar posible en este mundo. Porque sin la riqueza debida el hombre será esclavo de su propia debilidad, esto es, de la falta de medios, por la flaqueza, igno-

rancia y vicio de su voluntad que lo harán prisionero del mundo, el demonio y la carne, que son sus enemigos mortales por serlo morales.

V) *La divina redención.*—La libertad del hombre ha de perfeccionarse. Y la perfecciona el divino amor, que completa la humana libertad con la divina redención. Éste es el fin que persigue la riqueza, tal como nosotros la hemos entendido. Divina redención. Porque el cautiverio del hombre proviene de las penas que le fueron impuestas por el pecado original, con el que ofendió a su Dios. Y no será totalmente libre hasta que esas penas sean redimidas. Redimir esas penas es el fin que persigue la riqueza. Fin que trasciende de la realidad y penetra en las regiones del ideal. Esa redención sólo es posible por el divino amor del Ser Divino al ser humano, y de éste a su bien puro, en debida correspondencia.

Esta divina redención es la máxima perfección posible de la libertad humana. Es la libertad plena y definitiva que no puede obtenerse en la Tierra, donde todo es provisional. Una redención que por ser divina ha de ser absolutamente perfecta, como hija del divino amor. Redención de todas nuestras culpas y penas, a las que borra, rescata y disipa; por la que nosotros mismos somos devueltos a nuestro definitivo destino. Redención total del cautiverio en que nos tienen nuestros enemigos morales: mundo, demonio y carne, cuyo poder es cancelado por el Bien amado. Esta redención es la cristiana; en que nuestras culpas y penas son redimidas y perdonadas por los méritos de Cristo. Porque el hombre fué creado por Dios completamente libre con una sola restricción: no comer de la fruta prohibida, fruto que pende del árbol de la Ciencia, del Bien y del Mal. Adán desobedeció, seducido por Eva, a quien engañó el demonio. Ambos desobedientes, comieron la fruta prohibida; y fueron condenados a destierro del Paraíso; trabajos forzados durante toda la vida y muerte definitiva. Así condenados cayeron en manos de los tres enemigos susodichos.

Pero apiadado el Padre común de sus desgraciados hijos, los hombres, decidió redimirlos. Misión que encomendó a su propio Hijo, a quien envió a la Tierra para que cargase con los pecados humanos y expiase las culpas de todos con su pasión y muerte. Y así se hizo. De esta suerte fueron redimidos los hombres. El Divino Maestro les enseñó además lo que debían hacer para recuperar la libertad perdida, rescatar sus culpas y penas y salvarse.

Lo que deben hacer los hombres es imitar al Divino Maestro en su pasión y muerte. Pero imitarle hasta el fin. Para lo cual no basta la voluntad humana, sin la ayuda de la divina gracia, gracia que

sólo puede provenir del amor infinito del Bien amado. Y que en realidad son tres gracias: una auxiliante, la Fe; otra fortificante, la Esperanza, y otra triunfante, la Caridad; las tres gracias son las tres virtudes teologales que volveremos a encontrar al final.

Este es el fin que persigue la riqueza para los hombres robustos, cultos y virtuosos, y lo que quiere dar a todos por igual.

III. LA SALUD.—El tercero de los bienes posibles para los hombres de buena voluntad es la salud, o sea, «estado en el que el ser orgánico ejerce normalmente sus funciones» (Dicc.).

La salud es también para los hombres de buena voluntad un bien posible, y si ella puede nos lo da. Un bien de naturaleza moral, que, por su máxima perfección, es tan difícil conseguir en la tierra, que prácticamente resulta imposible. Para gozar del bien común, la paz es indispensable; la riqueza es estrictamente necesaria y la salud precisa en todos los sentidos de la palabra. Sin salud no es posible conseguir el perfecto bienestar.

Los factores de la salud son:

1.º *Una gracia espiritual*, la gracia espiritual de ser perfectos en el orden esencial. Lo esencial de la salud es esa gracia de naturaleza individual, que consiste en poseer un alma pura; es decir, de una sustancia espiritual completamente extraña a la realidad; la gracia es la pureza del alma; don divino, merced que nos hace Dios en virtud de su amor a la humana criatura.

2.º *El factor real es un don natural*; don de perfección recibido de la naturaleza, el cual consiste en ser realmente perfecto de cuerpo; tan perfecto como el hombre puede ser. Lo cual es también una gracia individual, un regalo que la naturaleza nos hace gratuitamente sin que por nuestra parte hayamos hecho nada para merecerlo.

3.º *La perfección orgánica*.—El alma pura, incorporada a un cuerpo perfecto, constituyen juntos el origen y fundamento respectivos de la salud verdadera del ser humano, es decir, son sus progenitores. Pero la salud no se manifiesta hasta que la perfecta combinación de aquellos dos progenitores hace surgir en su forma natural la salud, que es la perfección natural orgánica del hombre. Perfección orgánica compuesta de tres perfecciones de la misma naturaleza, integrantes de la salud del hombre, y que la hacen perfecta; a saber:

a) *La perfecta sanidad* del cuerpo, o sea la salud fisiológica, la cual consiste en hallarse el hombre libre y exento de toda enfermedad corporal por efecto de su perfección orgánica corporal, condición in-

dispensable para gozar de las otras formas de salud por aquello de «mens sana in corpore sano».

b) *La perfecta sabiduría*, o perfecta salud de la mente, o sea del espíritu, la salud mental. Es el saber en su forma más alta y perfecta posible.

La sabiduría puede ser de tres especies: divina, natural y humana. La divina consiste en saberlo todo y todo bien; sólo es posible en Dios; imposible, en los hombres, porque el saber los hombres tanto como Dios no convendría a nuestra naturaleza finita. La natural corresponde a la naturaleza de las cosas. La humana es la propia de los hombres, y aunque provenga de su naturaleza, es la racional y consiste en identificarse con Dios, con ciertas limitaciones, es decir, en saber todo cuanto le importa para su fin y saber *eso* bien.

El principio de la sabiduría es la inteligencia. La sabiduría, la perfección de ésta y su fruto, otro ideal.

c) *La santidad*.—La santidad es la salud moral de la voluntad del hombre. Salud *pluscuamperfecta*; exenta de toda imperfección o impureza de la realidad. Sólo posible para el hombre puro; fruto y compendio de todas las virtudes, cada una de las cuales es un poder y una fuerza reunidos para alcanzar tal perfección. La práctica de esas virtudes, al librar al hombre de toda imperfección real, lo hace absolutamente perfecto, es decir, santo. Santo es el hombre libre de toda culpa, el impecable. Ser santo es sentir, pensar y querer obrar santamente en todo, o sea conforme a las exigencias del Bien Amado; es perder el contacto con la realidad, siempre mala, y renunciar a ser real; es trasponer las fronteras de la realidad para ser ideal; es morir-se aquí para vivir en otro mundo.

Conseguir la santidad exige previamente el sacrificio de todo bien real en aras del bien eterno. Sólo el que sacrifica cuanto tiene de real en aras del Bien Amado, que es el puro, el eterno, puede llegar a santo. Entre los bienes reales está la propia vida terrestre, que es temporal; sacrificarla a cambio de la eterna es el mejor modo de alcanzar la Santidad. Sólo el que ha sacrificado su vida es perfecto santo.

La santidad no es la felicidad. Ambas coinciden en la orientación. Pero son formas distintas, aunque sucesivas, de la misma cosa. La santidad es perfección de la voluntad; la felicidad, perfección de la vida del hombre, cuya es la voluntad. El santo, sólo por ser santo, es siempre feliz. Pero antes de ser santo ha de ser bienaventurado, y antes de bienaventurado, beato. La beatitud lleva a la bienaventuranza; pero aquélla se da en la Tierra; la bienaventuranza transporta al

Cielo, en el cual se da únicamente. Pero se hermana con la santidad, que resplandece en la Gloria.

La santidad posible para los hombres en esta vida es santidad relativa. Que puede ser de tres especies: instintiva, consciente y racional. La instintiva consiste en la práctica espontánea de todas las virtudes; práctica realizada por propio impulso. La consciente, en el cumplimiento de todos los deberes, por creer en conciencia que así debe ser. La racional es la práctica de todas las virtudes y el cumplimiento de todos los deberes, por ser necesarios para conseguir el bien común, que así lo exige.

La santidad moral, que es la absolutamente perfecta, es la síntesis de aquellas tres, perfectamente ajustadas, por exigencias del Bien puro, al que hay que obedecer por amor a Él y por temor a ofenderle, para ser perfectos como Dios quiere y manda. La santidad moral es la conducta del hombre rectamente encaminada al Bien puro; conducta en que resplandece la perfecta armonía de los buenos sentimientos derivados del amor al Bien, con todo nuestro puro ser, es decir, con toda nuestra alma, obediente a las inspiraciones del Bien amado. Es la mayor perfección de la vida humana en lo posible; la realización de la última de sus posibilidades; perfección de la vida moral del hombre, en absoluta conformidad con la ley natural humana, tal como la refleja nuestra razón, o sea con nuestra ley moral. Es la conducta de quien siempre obra bien, hasta el final; obra en que se delata la sujeción de la voluntad humana a la divina, que es la pura y santa. Es el cumplimiento mismo de la ley moral.

La santidad propiamente humana es la racional: la práctica de todas las virtudes y el cumplimiento de todos los deberes, por exigirlo así la conciencia. Porque el deber es un mandato imperativo de la conciencia que nos dice categóricamente cómo debemos obrar para conseguir el fin propuesto, que en este caso es el bien amado. Y el supremo deber del hombre es amar a Dios sobre todas las cosas. A Dios, que es al mismo tiempo el Ser y el Bien absolutos, puros. Amor al ser de todas las cosas, por ser cosas y amor a su perfección, que es el bien; amor a que todas las cosas sean, existan y vivan bien; amor al Bien universal y perenne.

Al cumplimiento de este deber se oponen en realidad las cosas mismas, en cuanto son reales; porque por ser reales son malas en cierta medida. El conjunto de las cosas reales es el mundo real, este mundo en que vivimos. Y el mundo es el primer enemigo del hombre moral, del hombre tal como debiera ser perfecto; para serlo ne-

cesitaría no estar en este mundo; es decir, o ser en realidad; irse de este mundo, morirse para trasladarse al otro mundo.

El segundo deber es amar a todos los seres sensibles, conscientes y racionales, en ese orden; con distinta intensidad de amor, proporcionada a la proximidad del ser a nosotros; hasta amar a los racionales, es decir, a nuestros semejantes, como a nosotros mismos, por ser los más próximos, los prójimos; esto es: desear a todos los seres sensibles las satisfacciones que deseen para sí propios en la medida correspondiente a la naturaleza de cada cual.

Al cumplimiento de este deber se opone el deseo del amante de que las satisfacciones sean para él nada más, o sea el egoísmo, porque todo hombre aspira en primer término a su individual satisfacción, aunque los demás, no vean satisfechos sus respectivos deseos. El mal deseo es el demonio, segundo enemigo moral del hombre; obstáculo para que procuremos el bien de los demás seres y aun el propio. Porque el deseo es limitado. Por eso hay que luchar contra el mal deseo, que es luchar contra el demonio, al que hay que odiar como al Mal que es.

El tercer deber es someter la sensualidad a la razón, es decir, al Bien común, o razón moral del hombre. La sensualidad es la carne, que se opone a la razón o bien común de los humanos, porque la sensualidad, o sea la carne, es decir, los sentidos, son la fuente de donde procede el mal. Sensualidad que en su forma más alta son las pasiones. Y para ello hay que combatir contra la carne, es decir, contra los sentidos, la sensualidad y las pasiones. Y para ello mortificarnos, domeñar la sensibilidad, subordinar la carne a la razón o bien común. Porque la razón moral, o sea el bien común, está en constante lucha con la sensualidad, es decir, con los apetitos sensuales por razón de sus causas, formas y fines, o sea por razón de aquello que los despierta, de su intensidad y de los fines que persigue, y los transforma en pasiones. Y cuando la razón no los domina, estas pasiones, a despecho de la razón, devuelven al hombre a la animalidad, o sea a la irracionalidad; porque el hombre deja de ser racional y queda sólo en animal; se desvía de su fin, que es el bien, y, esclavo de sus pasiones, se precipita en el mal. La carne es, pues, el tercer enemigo moral del hombre.

Mundo, demonio y carne son los tres obstáculos interpuestos en el camino del hombre hacia la santidad; lo que impide al hombre identificarse con el Bien puro, el Amado, el absoluto, y que vuelva a ser lo que fué al principio de la especie, antes de que nuestros primeros

padres cometiesen el pecado original. Cuando el hombre, vence a la realidad, que es el mundo, al mal deseo, que es el demonio, y al cuerpo, que es la carne de que su alma, o sea su ser puro, está revestida; cuando logra libertarse de esos tres enemigos, desasirse de ellos, dejarlos atrás, el amante del Bien puro ya no es un hombre, un ser humano real; despojado de su realidad, es decir, de apetitos, deseos y sensualidad, deja de ser lo que fué, ya no vive en el mundo real, es un muerto para este mundo. Este hombre, que ni es real ni existe en realidad, ni vive en este mundo, es el hombre perfecto en absoluto, el impecable, el santo.

4.º *La igualdad humana.*—La salud perfecta conduce a la igualdad natural de todos los hombres. Lógicamente, la perfecta salud hace a todos los hombres iguales, dada su igual perfección orgánica.

Esta igualdad es gemela de la Fraternidad a que nos llevó la paz, y de la libertad que nos dió la riqueza. Tres conceptos engendrados en el seno de la misma conciencia moral, por el amor entrañable profesado al Bien por los hombres de buena voluntad. Tres hermosas ilusiones; tres gracias ideales. Igualdad ¿de qué? De todo, en todo y por todo lo esencial en su final. Lo cual se desprende lógicamente de los supuestos anteriores. Porque si los hombres son todos sanos, sabios y santos, han alcanzado su meta final; son ya todo lo que pueden ser, en los órdenes respectivos; han realizado en cada orden su última posibilidad. Son todos iguales, equivalentes, intercambiables; lo mismo uno que otro, puesto que todos son iguales.

Pero no con igualdad de fin real, que es morir. Porque el sano, el sabio y el santo, así como quienes no lo son, han de morir; todos caminan en esta vida a morir y en la muerte paran todos. Pero este fin real, que es la primera postrimería de la vida, no es el verdadero fin, aunque para todos sea igual, y en ella podamos todos descansar en paz y en gracia de Dios eternamente.

Pero pensando lógicamente no podemos detenernos en esta postrimería. Hay que resucitar, que es la segunda postrimería. La muerte sólo es un medio que nos pone en camino del verdadero fin de la salud. Si todos hubiésemos de morir definitivamente y ninguno resucitar ¿para qué nos serviría la santidad? La verdadera igualdad consiste en la resurrección. Todos resucitaremos. Nada muere definitivamente en este mundo; lo que llamamos muerte es una transformación. Todo resucita para vivir otra vida en otro mundo. El amor a la vida es más fuerte que la muerte. Todos resucitaremos para ser juzgados; este juicio es la tercera postrimería, la verdadera. Y una vez

juzgados, seremos sentenciados; después de la cual el camino se divide según los méritos del juzgado y va a parar al Infierno o a la Gloria, que son las cuartas postrimerías.

La muerte franquea el paso a la otra vida, a una vida mejor que la terrestre, a la cual pueden tener acceso todos los hombres, sanos, sabios y santos. La mejor a que todos los que reúnen aquellas cualidades pueden pasar es la Dicha, fin que todos perseguimos en la Tierra, sin alcanzarla jamás, porque dicho se está que «nadie es dichoso hasta el fin», hasta el fin de esta vida, y para disfrutarla hay que pasar a una tierra mejor que la común; esa tierra es el Paraíso.

Por eso dice Gracián (Oráculo Manual) «Tres eses hacen al hombre dichoso: sano, sabio y santo». Pero se queda corto. Esas tres eses no sólo dan al hombre la dicha en el Paraíso, sino también la felicidad en la Gloria.

5.º *El fin de la salud*.—La muerte es el fin real del hombre. Pero no el fin moral, el que quiere y persigue nuestra voluntad. El fin moral es el perfecto de todo punto, en todos los órdenes; el verdadero, bueno y bello, el justo, el ideal; el que amamos. Este fin es la *salvación del ser humano*, o sea, del hombre. Para ser lo que quiere esencialmente, es decir, lo que desea: ser, existir y vivir eternamente, la satisfacción del máximo deseo de los hombres.

Vivir eternamente es una perfección del ser humano que lo iguala con Dios y lo confunde con él; es la verdadera felicidad; la realización de todas las posibilidades contenidas en el ser humano. Lo cual se refiere a cada hombre en particular; no a todos en común. Por ser goce, la felicidad en la vida eterna es asunto individual.

* * *

Y aquí da fin la teoría de los medios necesarios para conseguir el máximo bienestar posible en la Tierra y más allá.

IV

LA TEORÍA EN REALIDAD

La teoría es completamente lógica. Está perfectamente formada. Su belleza nos enamora. La perfección de la forma de las cosas constituye su belleza. Comienza en Dios y termina en Dios. Dios es su

principio y su fin. En medio está la realidad de las cosas. Pero nos inquietan ciertas dudas. Esa teoría verdadera, por ser lógica, ¿será falsa en la práctica, que es la realidad de verdad? Porque entre la teoría y la práctica media un abismo. Los posibles en teoría ¿son posibles en realidad de verdad? Porque lo posible en metafísica no siempre es posible en realidad y menos en realidad de verdad, en la Tierra que es donde estamos y donde queremos conseguir el máximo bienestar posible. Los posibles son posibles de verdad para todos los hombres de buena voluntad que viven en la Tierra. Pero eso no quiere decir que sean reales de verdad, esto es, que sean efectivos, por muy buena que sea la voluntad. Para esto se necesita tal vez medios menos teóricos y más prácticos.

Cuales sean esos medios lo ignoramos en teoría. Porque la teoría es pura lógica y la práctica es racional. La teoría es pura especulación, una lucubración consciente, cuya realidad es inteligible pero no sensible. La práctica es lo contrario. Son dos vertientes opuestas. La teoría se mueve en las cumbres, sin tropezar con la realidad. La práctica camina por el valle y tropieza con la realidad, con cuyas impurezas hay que contar. Por eso vemos muchas cosas posibles en teoría e imposibles en la práctica; es que en ésta concurren muchas circunstancias ignoradas por aquélla que, por ignorarlas, no las pudo tomar en cuenta.

En la práctica no basta la buena voluntad para disponer de los posibles y conseguir el bienestar posible aquí. Por desgracia, para conseguir el bienestar hemos de acudir a otros medios. Así lo exige la impura realidad. En la mera especulación, en las divagaciones del pensador, del teórico, en las fantasías del moralista, en los sueños del idealista, se puede prescindir de las impuras exigencias de la realidad. En la vida terrestre, que es la real de verdad, no. En cuanto comenzamos a caminar, vemos que si no contamos con más medios que los posibles de la buena voluntad, no conseguiremos el pretendido bienestar. Y la realidad se impone. En vano nos rebelamos contra ella. Somos sus esclavos. Mientras permanecemos en las altas regiones del pensamiento, es decir, en metafísica y moral, marchamos bien, prescindiendo de las exigencias de aquélla. Pero en cuanto venimos a la realidad, no la supuesta, sino la de verdad, comenzamos a tropezar y tenemos que sacrificar ilusiones y ensueños, si no queremos sufrir un penoso despertar.

Porque la verdadera realidad, la de este mundo en que vivimos, se interpone y nos demuestra que la naturaleza de las cosas no permite

esa omnipotencia de la buena voluntad que quiere darnos los posibles pero no nos los da de verdad, porque todo lo que puede hacer es quererlos y con querer ya ha cumplido su misión. El bienestar ha de ser conseguido en la Tierra donde estamos y donde queremos poseerlo por lo común. Aquí hemos de conseguirlo, no sencillamente, sino conquistándolo en ruda lucha con la resistencia de la realidad. Y para ello necesitamos medios adecuados por su naturaleza, medios, efectivos, materiales, con que levantar el edificio de nuestra posible felicidad. Dichos medios son necesarios en realidad; medios prácticos, sin los cuales los teóricos son como luminareos remotos pero inasequibles, que harán sufrir al necesitado el suplicio de Tántalo.

Nuestra teoría de los medios ha de ser examinada por el sentido común, que es el sentido de la realidad, para que los ratifique, rectifique y complete. Contra las divagaciones de los teóricos, que pierden de vista la realidad, se alza el sentido de ésta, común a los hombres vivientes en la Tierra, el racional. Que sin perder de vista las aspiraciones ideales, mantiene su contacto con la Tierra, es decir, con la realidad de verdad. Sentido menos metafísico que los teóricos, pero más real. Sentido que pone límite a las demasías de la lógica y toma en cuenta las impurezas de la realidad.

Desde las alturas de la teoría hay que descender a la verdadera realidad que es la Tierra. Sólo partiendo de esta realidad podremos construir sólida teoría de los medios necesarios para conseguir el bienestar posible aquí. Lo exige nuestra naturaleza, que nos obliga a dar a cada bien una causa, de la cual es efecto, y a la teoría un sustento, una base, un fundamento y un cimiento. Si no, sería edificar en el aire, y levantar con la fantasía un castillo que se llevará el viento.

Sometamos la teoría al examen del sentido común.

(Continuará).